

AMIGOS Y AUXILIARES DEL HOMBRE

GINN Y COMPAÑÍA



DOS BUENOS AMIGOS

AMIGOS Y AUXILIARES DEL HOMBRE

CUENTOS COMPILADOS

POR

S. J. EDDY

BOSTON, E. U. A.
GINN Y COMPAÑÍA, EDITORES
The Athenæum Press
1901

PREFACIO

El objeto de este libro es enseñar á los niños que debe tratarse con bondad y dulzura á todos los seres vivientes, y hacer que aprecien los servicios de los auxiliares con que cuenta el hombre en el reino animal.

La crueldad, en cualquiera de sus formas, es una manifestación de salvajismo. La civilización sólo puede lograrse por medio de la educación. El salvaje no sabe que lo es. El niño no se da cuenta de que es cruel hasta que sabe cuanto sufren los animales irracionales y cuanto se les mortifica con los malos tratamientos.

El niño despreocupado é indiferente será luego el hombre egoísta, y el egoísmo se halla en la raíz del crimen.

Los niños tienen, por naturaleza, buen corazón y delicadeza de sentimientos; pero muchas veces carecen de imaginación y de simpatías, por ignorar la realidad de las cosas. Son fáciles de influenciar por aquellos á quienes aman y respetan, y el poder del maestro para mejorar el mundo señalando los grandes deberes de la humanidad, debería tener campo más amplio que el que hasta ahora ha tenido en nuestros sistemas de educación.

TABLA DE MATERIAS

AMIGOS Y AUXILIARES DEL HOMBRE

AZOR Y SUS AMIGOS

PORQUÉ AZOR SE HUYÓ

UNA mañana, Azor tenía mucha hambre. Había acompañado á su amo en su cotidiana excursión de casa en casa, y hacía ya dos días que no había tenido ocasión de saciar su apetito. Su amo era un pobre calderero que andaba siempre viajando y nunca se detenía mucho tiempo en ningún pueblo. Esto no le hubiera importado á Azor si su amo hubiese sido bueno con él, pero el caso era que el perro sólo recibía por caricias patadas y pescozones.

Azor era un perro lanudo, de aspecto desagradable, y lo descuidado de su pelo y su cola oculta entre las patas eran señales de que recibía mal trato. Pero en sus ojos pardos se retrataba la bondad y la fidelidad, y su caída cola estaba siempre dispuesta á agitarse en cuanto alguien dirigía al animal una palabra cariñosa.

El almuerzo del calderero estaba en la mesa. ¡Qué bien olía! Azor miraba los manjares con ojos suplicantes.

— Tenga la bondad de darme un bocado, mi amo — era lo que parecía decir Azor. — ¡Tengo tanta hambre!



¿NO SABES HABLAR?

El calderero no ponía atención al perro, el cual no cesaba de saltar alrededor de la mesa, hasta que por fin el amo le gritó ásperamente:

—¡Estate quieto, Azor!

Azor esperó con paciencia algunos minutos, pero decididamente su amo no tenía intención de darle de comer. De pronto Azor sacó su lengua larga y rosada y arrebató la carne y el pan que quedaba en la mesa y se lo comió todo.

El calderero, que aun no había satisfecho su apetito, castigó al pobre perro, golpeándole y hablándole irritadamente. Una hora después de esta escena, Azor se había huido.

LA NUEVA CASA DE AZOR

Aquel día hacía mucho calor, pues era verano, y Azor se detuvo en su carrera para beber agua en un fangoso pantano. ¡Qué hambre y qué sed tenía! Corrió kilómetros y kilómetros, hasta que por fin divisó una cabaña. Azor se dirigió á aquella morada. En el dintel de la puerta estaban sentados dos niños. Cuando éstos vieron al perro dieron gritos de alegría.

—¡Es Azor, es Azor!—exclamó Carlos.—Es el perro de Tomás el calderero. ¿De dónde vienes, amigo mío? ¿Dónde está tu amo?

Claramente se veía que Azor no era desconocido para aquellos niños. Había estado allí con su amo la semana anterior, y mientras Tomás el calderero componía la paila de hervir agua, los muchachos y el perro se hicieron amigos. La madre de los niños le había dado un hermoso hueso, y si

es verdad que algunas personas olvidan los favores que reciben, los perros los agradecen toda su vida.

Azor no pudo contestar á las preguntas de Carlos, y se limitó á mover la cola lo más aprisa que pudo. Josefa, la hermanita de Carlos, se abrazó al melenudo cuello del perro, y le dijo:

—¡Pobre perrito! Yo te daré un poco de mi comida.

DE CÓMO FUÉ CUIDADO AZOR

Cuando la madre de aquellos niños vió á Azor, le trajo una gran escudilla de agua que el animal bebió con ansia. Después le dió de comer, y le preparó una blanda cama en un rincón del cuarto. La señora dijo á su esposo:

—Es probable que Tomás el calderero venga á buscar su perro, y lo mejor será que le dejemos aquí hasta entonces.

Azor tenía la esperanza de que su amo no pareciera por allí, pero no podía expresarla. Se echó en su cama, se acurrucó y, lanzando un profundo suspiro de felicidad, se quedó dormido.

En su nueva casa, Azor se sentía el perro más feliz del mundo. No deseaba escaparse otra vez. Le daban pan en abundancia, y algunas veces un hueso que roer. Afortunadamente para el perro, la madre de Carlos era demasiado pobre para permitirse el lujo de dar al animal mucha carne. Siempre le tenía una escudilla de agua fresca, y con esto y un pedazo de col que le daba con la comida, Azor se mantenía sano y fuerte.



¡ PÍDEMELO !

Frecuentemente Carlos se pasaba ratos hablándole á Azor, y éste aprendió pronto á comprenderle. El animal saltaba alegremente cuando el muchacho le decía: ¿Quieres dar un paseo conmigo? Pues Carlos nunca le invitaba á menos que tuviese realmente intención de llevar al perro; de otro modo, el animal habría aprendido que aquel niño no decía siempre lo que sentía.

Con frecuencia Carlos bañaba y peinaba á Azor, y esto hacía que la lana del perro estuviese limpia y reluciente. Hubiera sido difícil reconocer en aquel hermoso y bien cuidado perro, al animal hambriento y sucio que andaba con el calderero.

AZOR HUYE DE TOMÁS

Un día en que Azor estaba jugando con los niños en la cercana colina, de repente echó á correr hacia el bosque con toda la ligereza que le permitían sus patas.

—¡Eh! ¡Azor! ¡No te vayas! — gritó Josefa. Pero el perro continuó su carrera hasta que se perdió de vista entre el espeso bosque. El motivo de su huida fué que á lo lejos había visto la figura de un hombre que le era muy conocido. Tomás el calderero venía por el camino en dirección de la casa, con su mochila á la espalda.

Cuando el calderero llegó á la casa, la madre de Carlos le refirió lo del perro.

— Usted puede quedarse con él, señora, — dijo Tomás — si en cambio me da usted algo que comer.

Pocos momentos después, el calderero se sentó á la mesa y comió con buen apetito una abundante comida; terminada



AZOR APRENDE Á SER UTIL

la cual, continuó su camino con la mochila á cuestas. Cuando hacía mucho tiempo que Tomás se había ido, y ya de noche. apareció Azor, moviendo alegremente la cola y con aire de satisfacción, como si estuviera orgulloso de haber hecho algo digno de elogio. Parecía decir: ¿No es verdad que soy un perro muy listo?

AZOR APRENDE Á SER ÚTIL

El padre de Carlos era un hombre pobre que estaba al cuidado de una gran manada de ovejas. Vivía en Escocia, donde el invierno es muy severo. Durante el verano, este pastor llevaba sus ovejas de un punto á otro, subiendo y bajando colinas para buscar abundante pasto con que se alimentara su ganado. Algunas veces estaba muchos días ausente de su casa. En invierno las ovejas permanecían

cerca de la cabaña y se les daba de comer pasto que había sido almacenado durante el otoño. Aunque las ovejas no eran del padre de Carlos, él las cuidaba como si fueran suyas.

Un día, al regresar de una de sus excursiones con las ovejas, el pastor dijo á su esposa:

— No debemos permitir que Azor esté ocioso toda su vida; debe aprender á hacer algo útil. Creo que me lo llevaré por la mañana á la montaña para enseñarle á cuidar el ganado. Será una gran ayuda para mí, y yo seré bueno con él.

Así fué que á la mañana siguiente Azor salió con su amo, y parecía que iba no sólo contento sino orgulloso. Al principio costó mucho trabajo hacer que el perro cuidara, como debía, de que no se descarriase ninguna oveja, pues creyó que era muy divertido ladrarles y correr detrás de ellas; no sabía cuándo era oportuno que ladrase y cuándo que se estuviese callado y quieto. De todos modos, el perro trató de aprender las lecciones que su amo le daba, y cuando regresó á su casa el pastor dijo que Azor sería un buen guardián.

LAS OVEJAS PERDIDAS

Pronto llegó el invierno y con éste las nevadas. Era muy agradable para aquella familia sentarse alrededor del fuego para ver las caprichosas figuras que hacían las llamas. Todos los habitantes de la cabaña eran felices, y para Azor aquél era el mejor hogar del mundo.

Una noche en que el frío era muy intenso y el viento soplaba con furia, la puerta del establo que ocupaban las

ovejas se abrió sin saberse cómo, y por la mañana no había allí ni una sola. Los pobres animalitos estaban tan cansados de permanecer encerrados que, en cuanto vieron la puerta del establo abierta, echaron á correr hacia el campo.

El pastor, al ver que su ganado había desaparecido, se apuró muchísimo.



¡ PERDIDAS ! Por Schenck

— Azor — dijo dirigiéndose al perro, — las ovejas se han huido. ¿Qué hacemos? No sé si tú serás lo bastante inteligente para ayudarme á buscarlas.

Al oir esto, Azor se levantó de un salto y sacudió sus melenas como diciendo: ¡Ea! Ya estoy listo. Y echó á correr hacia la puerta. Una vez afuera, el perro se dirigió al establo que habían ocupado las ovejas y lo rodeó varias veces, oliendo con su nariz negra y húmeda pegada á la

tierra, ó sea olfateando el terreno para encontrar el rastro de las fugitivas. Después corrió en dirección de la montaña y se detuvo para mirar atrás, teniendo mientras tanto una mano levantada; tenía las orejas contraídas como para recoger mejor los sonidos y los ojos muy relucientes; dió un aullido ahogado como para decir: Creo que las pobres ovejas se han ido á las montañas. ¿Viene usted conmigo ó voy yo solo á buscarlas?

EL PERRO EXTRAVIADO

Azor echó á correr hacia las montañas y su amo le siguió, aunque no lo bastante aprisa para satisfacer al perro.

Cuando amo y perro emprendieron la marcha, no había nieve sobre el terreno, pero á eso del mediodía comenzó á caer una copiosa nevada. Pasó aquel día y pasó la noche, y ni el pastor ni su compañero habían regresado de su excursión en busca de las perdidas ovejas.

Carlos y su hermanita Josefa estaban muy tristes, pues no podían pensar en otra cosa que en su padre y su fiel perro. Era muy peligroso andar por las montañas con semejante tiempo. Frecuentemente se perdían hombres entre la nieve y morían víctimas del frío y del hambre.

Por fin, después de muchas horas de esperar ansiosamente, se oyeron unos pasos muy conocidos para los habitantes de la cabaña, y los niños, rebosando alegría, corrieron á abrir la puerta de la calle. Era su padre, que entró sacudiendo la nieve que cubría su burdo abrigo. Tenía aspecto de estar muy triste y muy cansado.

— ¡ Papá ! — gritó Carlos — ¿ dónde está Azor ? ¿ Ha encontrado usted las ovejas ?

El pobre hombre movió la cabeza tristemente y dijo con acento que revelaba profundo pesar :

— Las ovejas no parecen ; y Azor se ha extraviado también. La tormenta es terrible, y temo que ovejas y perro se hayan helado. Si el ganado ha perecido, tendré que dar á su dueño todo lo que poseo para pagárselo.

AZOR REGRESA

Carlos y Josefa comenzaron á llorar, así como su madre, que estaba preparando la comida, y no podía pensar en otra cosa que en el hambre y frío que estarían sufriendo los pobres animales extraviados en las montañas.

A la mañana siguiente muy temprano, el pastor salió á recorrer el campo en busca de las ovejas, y aunque hizo esto mismo durante muchos días, no pudo hallar ni el menor rastro de sus queridos animalitos. Cuando perdió la esperanza de recuperar el ganado, dijo á su esposa :

— No me queda otra cosa que hacer que ir á ver al dueño de las ovejas y decirle lo que ha sucedido. Lo que temo es que ese hombre nos eche de la casa, pues no tiene muy buen corazón y no se apiadará de nosotros por la desgracia que nos ha ocurrido.

Mientras el pastor pronunciaba estas últimas palabras, se oyó un ruido en la puerta y en seguida un ladrido muy familiar para todos.

— ¡ Guau-au-au ! ¡ Guau-au-au ! — ladró un perro.

—¡Ahí está Azor!—gritó Carlos, dando un salto hacia la puerta, que abrió lo más aprisa que pudo.

—¡Mamá, Azor ha vuelto!—exclamó la pequeña Josefa con expresión de intensa alegría.

—¡Las ovejas han vuelto también!—dijo la madre mirando hacia el patio. Y era verdad, allí estaban las ovejas, todas sanas y salvas; y también estaba el pobre Azor, hambriento y cansado, pero moviendo la cola con aire de triunfo. El animal estaba ronco de tanto ladrar y jadeante de fatiga por lo mucho que había corrido; pero en aquel momento se sentía el perro más feliz del mundo.

Las infelices ovejas habían pagado caro su aventura, pues sufrieron mucho frío y mucha hambre, y se alegraban de encontrarse de nuevo en su establo bien abrigado y de poder saciar su apetito con abundante pasto. Azor fué objeto de las más cariñosas demostraciones por parte del pastor y de su familia; le dieron de comer lo que á él le gustaba más y le prepararon una mullida cama cerca de la chimenea. Después de haber comido bien, Azor se acostó y metiendo la cabeza entre sus patas delanteras, se quedó dormido mientras que Carlos y Josefa le miraban con ternura y agradecimiento. La distancia que había corrido y cómo se las compuso para encontrar las ovejas y hacerlas regresar al establo, son cosas que el perro no pudo explicar.

—El bueno de Azor está extenuado de cansancio,—exclamó el pastor,—y es necesario que le dejemos descansar ahora todo lo que quiera, pues se lo merece. ¡Duerme y descansa, fiel y agradecido Azor!

PERROS FAMOSOS

Homero, el gran poeta griego, escribió la historia del perro Argos hace más de dos mil años. Puede que Argos no haya sido un perro de verdad, es decir, es posible que no haya existido, pero el poeta debió haber conocido algún perro semejante, pues de otro modo no hubiera podido escribir la historia con tantos y tan interesantes detalles.

Argos pertenecía á Ulises, rey de Itaca. Era cachorrito aún cuando su amo tuvo que abandonarlo para ir á la guerra troyana. Pasaron años y años, y Ulises no regresó á su casa; por lo que todo el mundo creyó que había muerto. Argos envejeció mucho y se puso tan débil, que apenas tenía fuerzas para andar por el palacio. Se pasaba el día acostado al sol en el patio, sin ánimo para moverse. Hacía veinte años que había oído la voz de su amo por última vez.

Un día entró en el patio del palacio un pordiosero. Nadie le conocía. La reina le miró con indiferencia, y no hubo quien le saludara ni le dirigiese una palabra de consuelo. Mas el perro levantó la cabeza, lanzó un gruñido extraño y movió la cola en señal de alegría. Los harapos que cubrían el cuerpo del mendigo no le habían impedido reconocer á su amo, que al fin regresaba al hogar, y Ulises, con los ojos llenos de lágrimas, se inclinó para acariciar al animal.

El perro más famoso que se ha conocido, fué un mastín de San Bernardo. Se llamaba Barry. Su casa era un convento situado en los Alpes, donde es invierno la mayor parte del año. Los buenos monjes con quienes vivía, le enseñaron á que saliera al campo á buscar viajeros que se hubiesen extraviado entre la nieve. Cuando encontraba á un hombre caído en la nieve y medio helado, Barry volvía corriendo al convento, dando ladridos para pedir auxilio. Entonces varios monjes le seguían, recogían al viajero perdido y le llevaban á la casa, donde le calentaban y le daban de comer.

Barry sabía donde estaban todos los lugares peligrosos por aquellos alrededores, y cuando había un alud, de seguro que se le encontraría en el punto de más peligro para ver si había víctimas á quienes él pudiese socorrer. Una vez se encontró á un muchachito medio sepultado en la nieve, y el perro se las arregló de modo que le hizo comprender cómo podía salir de aquel peligro. El niño se montó en el ancho lomo del perro y éste le llevó á la casa, depositándole junto á la chimenea, donde poco después le sirvieron la comida caliente, que siempre estaba preparada para los que se perdían por aquellos lugares.

Barry vivió con los monjes durante doce años, y salvó cuarenta vidas. Otros perros de San Bernardo han alcanzado renombre por lo valientes y lo mucho que sabían, pero Barry ocupa el primer lugar entre todos ellos.

Hubo en otro tiempo un gran artista inglés llamado Landseer,[1] que pintaba retratos de sus perros de un modo tan admirable que denotaba el gran cariño que les tenía. En

[1] Landseer (Lándsiar).



LOS PERITOS. Por Landseer

uno de sus cuadros se ven dos de sus perros mirando por encima de los hombros del artista, mientras éste dibuja. Landseer tituló este cuadro: "Los Peritos," y fué muy celebrado por cuantos lo vieron.

Uno de los perros de Landseer se llamaba Odin, y si se mira al cuadro se comprenderá porqué el artista puso este nombre á su perro, pues Odin fué el dios sabio de los antiguos habitantes de la Escandinavia.

Jack fué un perro famoso que acompañó á las tropas inglesas durante la gran guerra en el oriente de Europa. No



ODIN. Por Landseer

era un animal fino ni amaestrado. Había sido salvado de una muerte cruel por uno de los soldados, y el perro pagó á éste su buena acción queriéndole mucho. En una de las

batallas que se libraron, Jack salvó la vida á su amo. Cuando terminaba una batalla, el perro acostumbraba á recorrer el campo, llevando en la boca un jarro de lata lleno de te, que repartía entre los soldados heridos.

En Escocia hubo una vez un hombre muy pobre, que al morir fué enterrado en el cementerio de Edimburgo, teniendo como único doliente un perrito escocés. Al día siguiente, el conserje del cementerio encontró al perrito acostado sobre la sepultura de su amo, y le expulsó; lo mismo ocurrió al otro día, pero al fin, el conserje se compadeció del animalito y le permitió quedarse. Desde entonces, y durante doce años y medio, el fiel perro se pasaba el día en el cementerio, del que salía solamente una vez cada veinticuatro horas en busca de algo que comer.

El perrito murió de viejo y fué enterrado en un jardín cercano al cementerio en que descansaba su amo. Sobre la sepultura de aquel animal, modelo de fidelidad, se erigió, para perpetuar su memoria, una fuente de mármol coronada por una estatua del perrito.

DE CÓMO DEBEN CUIDARSE LOS PERROS

Eduardo y Guillermo eran dos muchachos que vivían en el mismo pueblo. Eran primos y tenían un tío muy bueno que siempre estaba procurando entretenerles y divertirles.

Un día el tío dió á cada uno de los muchachos un perrito. Los cachorros eran tan parecidos que ni los muchachos ni su tío podían distinguirlos.

Eduardo y Guillermo estaban contentísimos con sus perros, y el tío, creyendo que los cachorros estaban en buenas manos, emprendió un largo viaje que duró dos años.

Cuando el tío regresó fué á ver á Guillermo y le preguntó por su perro.

— Pues le diré, tío Francisco, — dijo Guillermo, — el perro daba mucho que hacer, estaba siempre llorando y gruñendo, y luego se volvió de tan mal genio que no me atrevía á acercármele. Yo le tenía atado con una cadena á su caseta, pero un día rompió la cadena y se escapó.

— ¿ Por qué le tenías atado de ese modo ? — preguntó el tío.

— Porque deseábamos enseñarle á que fuese un perro guardián, — replicó Guillermo.

— Pues ése no es el modo de enseñar á un perro á que cuide la casa, — exclamó su tío, — y ahora siento habértelo dado. ¿ Te gustaría que te tuviesen atado todo el día junto á una de esas casetas en que viven los perros guardianes, sin dejarte correr de un lado para otro ? ¿ Llevabas al animal á pasear á menudo ?



ESCUCHANDO. Por Sperling

—No; no muy frecuentemente,—contestó el muchacho,—pues cuando estoy jugando no tengo tiempo para cuidarme de un perro. Si yo hubiese permitido á aquel perro andar suelto por todas partes, de seguro qué habría hecho alguna atrocidad.

—Naturalmente;—añadió el tío Francisco,—era sólo un cachorrito. Yo recuerdo que cuando tú eras niño, había necesidad de cuidarte y atenderte. Ahora voy á ver á Eduardo.

—¡Ah! El perro de Eduardo es diferente al mío,—dijo Guillermo,—pues aquél es muy manso y cariñoso. ¡Ya quisiera yo tener uno igual al suyo!

El tío Francisco salió sin replicar y se dirigió á casa de Eduardo. Al llegar á la puerta, vió un hermoso perro, que parecía muy alegre y feliz, echado cerca de la escalera.

—¿Es posible que sea éste aquel perrito que yo te dí?—preguntó el tío á Eduardo después de haber saludado á la familia y dado un beso á su buen sobrino.—¿Cómo has logrado criarlo tan hermoso?

—Cuando usted me lo dió,—contestó Eduardo,—comencé á darle leche hervida cinco ó seis veces al día. Después de algunas semanas, le dí harina de maíz y de vez en cuando le daba pan ó galletas con leche. Cuando creció un poco, le dí pan de maíz y alguna que otra vez le daba un hueso para que se entretuviese royéndolo. Esto le gustaba mucho, y no le importaba que le atasen si al mismo tiempo se le daba un hueso que roer.

—¿Le tenías siempre atado?—preguntó el tío.

—¡Oh! No; pronto aprendió á andar por la casa y sus alrededores sin huirse, y ahora nunca le tengo amarrado.

Y cuando estaba amarrado, siempre tenía espacio bastante para correr y saltar. Verá usted lo que hice para conseguir esto. En un ángulo de la cerca del patio puse un pedazo largo de alambre fuertemente asegurado para que resistiera los tirones que el animal habría de dar, cuidando antes de poner una argolla de hierro en el alambre. De modo que cuando enganchaba la cadenita del perro á la argolla, el animal podía correr en cualquiera dirección, en un espacio de seis metros, y podía acostarse al sol ó á la sombra, según le pareciese.

—¿Dónde duerme ahora el perro?—preguntó el tío de Eduardo.

—¡Ah! Tiene una caseta grande y muy limpia,—replicó el muchacho, al mismo tiempo que se inclinaba á acariciar la sedosa cabeza de su perro.—Yo le friego bien la caseta todas las semanas y le he hecho una cama con virutas de pino. La caseta está sobre maderos á fin de que no sea húmeda, y frente á la puerta tiene una meseta donde puede dormir en las noches calurosas. Como es un perro grande y fuerte, no le gusta dormir en una habitación que esté demasiado caliente.

—¿Le bañas frecuentemente?—preguntó el tío.

—Le doy un baño dos ó tres veces al mes, con agua tibia y jabón de Castilla,—contestó Eduardo.—Después de enjabonarle le echo agua limpia, le enjugo bien y entonces le dejo correr y saltar en el campo. Todos los días le paso un cepillo y le peino, pues esto hace que su pelo esté limpio y reluciente. Una vez que le cayeron pulgas, le dí un baño con jabón fenicado y luego le llevé á nadar. Se dice que á

los perros pequeños es mejor bañarles con la yema de un huevo en lugar de jabón, pero yo nunca lo he hecho con mi perro.

—¿Qué le das de comer y cuántas veces durante el día?

—Ahora solamente le doy dos comidas. Unas veces le doy pan de perro mojado en agua ó en caldo. Otras veces come el pan seco. Casi todos los días le doy algunas piltrafas ó un hueso. Tortas de maíz y macarrones le gustan mucho. Algunos días le doy también carne y legumbres mezcladas con harina de maíz cocida ó con otro cereal.

—¿Supongo que tú sabes que los perros necesitan alimentarse con legumbres y que no pueden criarse bien si no se les dan?—preguntó el tío Francisco.

—Sí, señor; lo sé muy bien. Yo le doy á Chato col y papas con mucha frecuencia.

—¿Crees que tu perro es un buen guardián? No ladró cuando entré en terrenos de la casa,—observó el tío.

—Eso fué porque usted no trató de abrir la puerta, pues en este caso ya el perro hubiera ladrado lo bastante alto para alarmar toda la casa. Chato ladra por la noche en cuanto oye un ruido extraño ó pasos que no conoce, porque le he enseñado que eso está bien hecho; pero durante el día es muy manso.

—¿Qué es esa vasija que está junto á la puerta del lavadero?—preguntó el tío del muchacho.

—Ese es el vaso en que Chato bebe agua. Es muy difícil tener limpias las vasijas de lata ó de hierro, y por eso mamá me dió la que usted ve allí. Está á la sombra, como usted puede notar, pues á los perros les gusta el agua fresca lo

mismo que á nosotros. ¿Tú siempre encuentras tu vasija de agua allí, no es verdad, amigo mío?—añadió Eduardo dirigiéndose al perro.

Chato miró con gravedad á su amo y comenzó á jadear á causa del calor.

—¿Por qué jadean los perros de esa manera, tío?

—Porque ellos sudan por la lengua,—contestó el tío,—y por eso es muy cruel poner bozales á los perros. Cuando tienen mucho calor sufren extraordinariamente. Espero que nunca llevarás tu perro cuando sales á pasear en bicicleta.

—¡No, señor!—dijo Eduardo enfáticamente.—Chato sabe que cuando salgo en bicicleta él debe quedarse en casa. Nunca permitiría que el animal se cansara tratando de correr á la par con la bicicleta. Pero por la tarde salimos á dar un largo paseo, y esto le conviene mucho al perro.

Cuando Chato oyó la palabra paseo, enderezó las orejas y puso la cabeza en las piernas de su amo mirando á éste cariñosamente.

—Todavía hay otra razón para que no permitas que tu perro te siga cuando vas en bicicleta,—dijo el tío Francisco,—y es que el correr muy aprisa puede hacerle mucho daño. Me alegro de que no le hayas cortado las orejas. Algunas veces los perros se vuelven sordos á consecuencia de que les han cortado las orejas, pues éstas son muy sensibles y se lastima á los animales cuando se les tira de ellas ó se las maltratan de algún modo.

—De ninguna manera consentiría yo que á Chato le cortaran la cola ó las orejas,—exclamó Eduardo con indignación,—así como tampoco que nadie le castigase con

golpes ; yo nunca le he pegado. Por el tono de mi voz él conoce que estoy enfadado por algo malo que ha hecho, y entonces me mira y agita la cola, suplicándome que le perdone. Mientras yo pueda evitarlo, nádie lastimará á Chato.

— El otro día, — continuó diciendo Eduardo, — un perro dogo muy grande atacó á Chato y le hizo presa en el cuello. Los que me acompañaban y yo tratamos por todos los medios de obligar al feroz dogo á que le soltase, pero no pudimos lograrlo. En esto, un hombre que pasaba junto á nosotros encendió un fósforo y se lo puso al dogo debajo de las narices. Inmediatamente el perro soltó la presa y echó á correr. Aquel hombre nos dijo que de ese modo se termina una lucha de perros, pues éstos no pueden soportar el olor del azufre.

— Hé ahí una cosa que es bueno tener presente, — observó el tío de Eduardo ; y luego añadió : — Tu constante cuidado y tu buen sentido han hecho que Chato sea un perro tan hermoso y tan bien enseñado. No le has dado de comer demasiado ; le has dado siempre agua fresca en abundancia y le has proporcionado todas las comodidades posibles ; has tenido paciencia para enseñarle y nunca has usado violencia con él ; y lo que es más, has procurado no engañarle y no has sido cruel ni áspero con el animal. Las personas que no quieren tomarse un poco de trabajo con un perro ú otro animal doméstico para mantenerle sano y hacerle feliz, no deben tenerle. ¡ Mira cómo Chato pone atención á todo lo que tú dices ! Sin duda él ha aprendido á comprender muchas de tus palabras. Me parece que él cree que tiene un amo muy bondadoso, y eso mismo creo yo.

CUENTOS DE PERROS

Uno de los grandes hombres que figuran en la historia es Guillermo, Príncipe de Orange. Una noche éste dormía en su tienda de campaña, y un pequeño perro sabueso estaba acostado en su cama. Los centinelas, faltando á la consigna, se habían quedado dormidos. De pronto el perro dió un salto y comenzó á ladrar desesperadamente. Un pequeño grupo de enemigos se aproximaba á la tienda del príncipe sin ser visto ni oído por los centinelas. La alarma dada por el perro, dió tiempo al príncipe para escapar antes de que los soldados españoles entraran en la tienda. Durante toda su vida, Guillermo de Orange tuvo constantemente consigo un perro de la misma raza que aquel que le había salvado de tan grande peligro. En las estatuas erigidas en memoria del príncipe se ve frecuentemente un perrito echado á sus pies.

Existe un cuadro famoso que se titula "¡A Salvo!" cuyo asunto es el siguiente: Dos perros zorreros acosaban á un gatito, el cual corrió á guarecerse entre las patas de un perro San Bernardo que era su amigo. Cuando el asustado gatito se acurrucó entre las manos del perro grande, se consideró á salvo, y no le amedrentaban los ladridos de sus perseguidores. El hermoso y fuerte San Bernardo miró á los dos zorreros como si quisiera decirles: ¡Idos de aquí, perritos! Vosotros, sin duda, no intentáis hacer daño á este gatito, pero sois



¡A SALVO! Por Sperling

muy crueles asustándole de ese modo. Si fuerais tan grandes y tan fuertes como yo, de seguro que os avergonzaríais de ladrar á un pobre é indefenso gatito. ¡Ea! Idos y no mortifiquéis más á este minino.

Una vez un perro se lastimó una pata, y un bondadoso cirujano se la curó y vendó. Algunos meses después, se presentó en casa del cirujano su antiguo paciente, acompañado de otro perro que había sido víctima de un accidente semejante. El perro conocido del médico le presentó á su amigo del mejor modo que pudo, y luego se retiró á un rincón del cuarto hasta que estuvo hecha la cura de su compañero.

Hubo otro perro que una vez se lastimó una pata y le llevaron á casa de un veterinario para que le curase. A las pocas semanas el mismo perro llegó á la puerta de la casa del veterinario, llorando para que le dejasen entrar. Cuando le abrieron la puerta y vió al albéitar, el perro le enseñó una pata que tenía inflamada á causa de haberse clavado una espina. El perro debió querer expresar con su mirada: Usted me curó antes; ¿podrá curarme ahora?

El perro más útil de todos es el mastín. Sin él los pastores necesitarían más hombres de los que podrían pagar para cuidar el ganado. A los mastines se les enseña con esmero especial. Es instinto natural de los perros perseguir á las ovejas, pero al mastín se le enseña á que cuide que ninguna se escape ó se descarríe. El mastín lleva las ovejas á pastar; las vigila para que ninguna se aleje demasiado y se

pierda ; las reune cuando algún peligro les amenaza, y las conduce al establo ó al redil cuando el sol comienza á ponerse.

No hace mucho tiempo que un mastín fué llevado de Inglaterra á la hacienda de un rico ganadero en América. En su nueva morada había una niña de tres años de edad. Un día que ésta andaba por el campo, se dirigió hacia un pozo que había á corta distancia de la casa. El padre de la niña venía en dirección de la casa, cuando oyó al perro ladrar con ansiedad y en seguida supuso que ocurría algo extraño. Entonces saltó una cerca de piedra y lo primero que vió fué á su hijita y al perro junto al pozo. La niña estaba dando vueltas alrededor del pozo y el fiel animal caminaba al lado de ella, procurando mantenerse entre la criatura y la boca del pozo, impidiendo así que su amita se cayera y se ahogase.

Cuando se les trata bien, los mastines son los animales más fieles y cariñosos; pero se resienten mucho de que se les maltrate ó se les abandone. La rudeza les pone de mal humor y algunas veces les irrita.

Todos los libros que se ocupan de perros, contienen relaciones de hechos en que se demuestra su fidelidad, su inteligencia y su generosidad. A los perros se les hace felices ó desgraciados, casi del mismo modo que á los niños. Si se es bondadoso y amable con el perro que se tiene. y se aprende á cuidarle, de seguro que el animal dará muy poco que hacer. Se apesadumbrará cuando se le regañe, pero tomará cariño á su amo y le será fiel en pago de los cuidados que con él se hayan tenido.

GATOS Y PERROS

Los gatos y los perros parecen ser por naturaleza enemigos irreconciliables, pero es muy fácil convertirles en buenos amigos. El mejor modo de lograr esto es cargar un gatito y llevarle en brazos á donde se encuentre el perro de la casa y enseñárselo, recomendando á éste, al mismo tiempo, que no debe perseguir ni ladrar á aquel animalito. El perro escuchará esta recomendación y parecerá entenderla, y si se tiene cuidado de no acariciar demasiado al gatito en presencia del perro, éste, de seguro, procurará complacer á su amo. Si se trata de inspirar celos al perro, ó si se considera una diversión el ver á éste corriendo detrás del gatito, entonces la empresa es irrealizable.

Un perro perdiguero llamado Paco, vive en la misma casa con un hermoso gato de Angora que se llama Tuno. Paco ha sido muy bien enseñado y se porta admirablemente. Algunas veces cuando Paco pasa por la silla donde Tuno está acostado, aquél le hace una caricia al gato que éste recibe complacido y como la cosa más natural del mundo. Cuando juegan los dos, Paco es á veces un tanto brusco, y entonces el gato le da un manotazo, con objeto de recordar á su amigo que los gatos no son tan fuertes como los perros.

Es casi imposible hacer que un gato viejo se muestre amigo de los perros, porque recuerda los tiempos en que tuvo que subirse á un árbol ó esconderse en una carbonera,



EL ALMUERZO

huyendo de la persecución de alguno de aquéllos, y recuerda que los niños acostumbraban á celebrar al perro que esto hacía. Por esto, cuando un perro se acerca á un gato grande lo probable es que éste encorve el lomo y erice el rabo, preparándose á repeler un ataque, en lugar de mostrarse afable. Y no es de extrañarse esto, pues cualquiera que se encontrara en iguales circunstancias y hubiese tenido semejantes experiencias, seguramente haría lo mismo.

GATOS FAMOSOS

El gato se considera animal doméstico en Egipto, desde hace más de dos mil años. Los egipcios, en época muy remota, adoraban á los gatos por considerarles superiores al hombre, y no consentían que se les hiciera daño. Si un egipcio intencionada ó accidentalmente mataba un gato, el castigo que se le imponía era el de ser ajusticiado.

Un rey persa, que se llamaba Cambises, declaró guerra á los egipcios; y cuando llegó el momento de librar la batalla, el rey Cambises hizo que á cada soldado suyo se le proveyera de un gato para que lo emplease á modo de escudo, pues el rey sabía lo mucho que los egipcios reverenciaban á los gatos. El resultado fué que como ninguno de los soldados egipcios quiso herir ni matar á los gatos, el ejército persa salió ileso del encuentro.

Es probable que los primeros gatos procedieran de Egipto, y aunque ya no se les adora en aquel país como se hacía antiguamente, todavía se les protege y se les cuida. En el Cairo existe un hospital para gatos donde se cura á los que se enferman y se da abrigo á los que se pierden ó carecen de amo.

Cuando los romanos conquistaron á Siria y Palestina, en casi todas las casas encontraron un *kato*. De esta palabra se deriva, sin duda, la nuestra *gato*. Tanto les gustaron á los romanos aquellos animalitos, que pronto los llevaron á Italia y más tarde aparecieron en otros puntos de la Europa oriental.

Los romanos acostumbraban á representar la diosa de la libertad con un gato echado á sus pies. Es una verdad demostrada que de todos los animales el más difícil de esclavizar es el gato. Un gato puede querer á su amo, pero lo hace á su manera y de modo que no le coarte la libertad de hacer lo que se le antoje.

Gatos y perros han sido animales predilectos de muchos grandes hombres. El profesor árabe Mahoma, que fué el fundador de la religión mahometana, era muy amante de los gatos. Puede juzgarse el cariño con que los trataba, por el siguiente hecho: Un día su gato favorito se quedó dormido en una de las anchas mangas de su bata, y cuando Mahoma quiso levantarse prefirió cortar la manga á despertar y molestar á su gatito.

Richelieu, el gran estadista francés, tuvo varios gatitos en su casa para que le distrajeran cuando se sentía fatigado ó desanimado. Y como los gatitos crecen pronto y se convierten en gatos, Richelieu tenía necesariamente que cambiar de amigos con frecuencia.

El gato favorito de un famoso escritor inglés era viejo y sordo; no obstante su amo le quería más entrañablemente. Una noche el escritor estaba tan abstraído leyendo, que no se dió cuenta de que su gato se le había subido á las piernas, y no le hizo la acostumbrada caricia. El animal se sintió ofendido, pues todos sus esfuerzos para llamar la atención de su amo fueron inútiles. De pronto se apagó la vela, y el escritor volvió á encenderla para continuar su lectura. Pocos instantes después, observó que la luz se apagaba otra vez, y levantando la cabeza para averiguar la causa, sorprendió al



ALEJANDRO

gato tratando de apagar la vela con una pata. Entonces el animal miró á su amo de un modo tan suplicante que éste soltó el libro y no leyó más aquella noche.

En España hay la costumbre de guardar el grano en los graneros, llamados así por esta razón, y en ellos tienen cómodas viviendas los gatos. En cada granero hay una puertecita hecha á propósito para que los gatos entren y salgan, y allí se les lleva comida y agua. Los animalitos tienen libertad para andar por donde quieran; se pasean por los tejados del pueblo, y á muchos de ellos rara vez ó nunca se les ve en el suelo.

DE CÓMO DEBEN CUIDARSE LOS GATOS

—¡Mamá!—gritó Felipe entrando en su casa con un animalito en los brazos.—¡Mira este pobre gatito que me he encontrado en la calle! Un perro estaba ladrándole y el animal vino corriendo y se me subió á los brazos. ¿Puedo cogérmelo para criarlo?

La madre de Felipe levantó la vista de su costura y la fijó en el gatito. Lo que vió era un animal sucio y de repugnante aspecto; pero había algo en sus espantados ojos que despertó la compasión de la señora.

—¿Estás dispuesto á tomarte muchísimo trabajo y á sufrir muchas inconveniencias, Felipe?—le preguntó la madre á su hijo.—Si no, sería mucho más humano matar ahora mismo á ese infeliz animal.

—Sí, mamá; estoy dispuesto á hacer lo que sea necesario para criar este gatito,—contestó Felipe con decisión. —Dime lo que tengo que hacer.

—Primeramente, debes darle un poco de leche caliente con pan, pues debe tener mucha hambre. Después es necesario que le hagas comprender que tú le vas á tratar bien; luego ponle á dormir. Cuando despierte ya tendrá más confianza y entonces creo que será conveniente darle un baño de esponja con agua tibia, porque el animalito está muy sucio; pero esto no debes hacerlo tú solo. Puedes tomarle en brazos y acariciarlo suavemente.



UN MANSO BARCINO

Si temes que te arañe, te daré un par de guantes viejos ó una toalla.

—¿No sería mejor meterlo en la bañadera y darle un buen baño?—preguntó Felipe.

—No; no es eso lo que debe hacerse, pues se le puede limpiar de otro modo más en consonancia con el gusto del

animal. A los gatos no les gusta el agua y les asusta mucho el verse dentro de ella. Muy rara vez se oye contar de un gato que se esté quieto cuando le meten en el agua; lo corriente es que los gatos arañen y griten, tratando de salirse de la bañadera; algunos parecen que se vuelven locos del susto. Cuando este gatito que te has encontrado en la calle coma bien y descanse, y se le quite el miedo que le produjo el hallarse abandonado, verás cómo se lava él solo.

— Has de procurar que el gatito se considere en su casa, — añadió la madre de Felipe, — para lo cual le cogerás en brazos y le enseñarás todas las habitaciones, hablándole cariñosamente, á fin de que vaya comprendiendo que tú vas á ser bueno con él. Afortunadamente se está haciendo de noche, pues los gatos ven mejor á la hora del crepúsculo, y no se asustan tan fácilmente.

El gatito se abalanzó al plato de leche con el ansia del hambriento que ve llegada la ocasión de satisfacer su apetito. Después de bebérsela toda, el minino fué susurrando, como lo hacen los gatos cuando están contentos, á restregarse contra las piernas del muchacho.

— ¿ Dónde dormirá ? — preguntó Felipe muy contento al ver que el gatito no le tenía miedo.

— Un cesto que sea bajo y ancho, medio lleno de virutas ó algo parecido, sería una magnífica cama para él, — dijo la madre. — Sobre las virutas pon un pedazo de franela ó de tela de algodón, pues á los gatos les gusta la cama abrigada, y es mejor que se queden por la noche en la casa, pues el relente puede hacerles daño.

Con alegría observaron madre é hijo que el gatito se dejaba bañar. Se estuvo bastante quieto mientras la madre de Felipe le lavaba y pareció complacerle mucho cuando le envolvieron en una toalla vieja.

— Te será muy fácil enseñarle á ser limpio si eres bueno con él y tienes paciencia, — dijo la señora ; — por ahora no será necesario bañarle otra vez, pues él se lavará solo, pero será muy bueno que todos los días cojas un cepillo y le cepilles con suavidad para que se le ponga lustroso y bonito el pelo. Yo te daré un cepillito á propósito para el caso.

— Me parece, mamá, que ya se va haciendo amigo mío, — dijo Felipe.

— Estoy segura de que lo será pronto si le tratas bien, — observó la madre, — pero si le lastimas, huirá de ti y no te lo perdonará. Los perros perdonan todos los malos tratos de que son objeto, pero los gatos tienen otro modo de ser. Son muy valientes para sufrir cualquier dolor y rara vez se quejan cuando les hacen daño, pero son muy sensibles y esto nos obliga á tener cuidado de cómo les tratamos. No debe permitirse que un niño juegue con un gatito, pues no puede darse cuenta de lo mucho que sus torpes dedos lastiman al animal y no sabe distinguir entre lo que es un juguete y un compañero de juego. Pero á los niños se les puede enseñar á que den de comer á los gatitos y á que sean buenos con ellos

— ¿ Qué otra cosa deberé hacer, mamá ?

— Es necesario que tengas una vasija con agua en donde el gato la encuentre siempre que tenga sed, y has de tener cuidado de llenarla todos los días con agua fresca. Los gatos

son más delicados que los perros. Les gustan los platos limpios y alimento fresco. Necesitan abundancia de leche caliente, y sopas de leche.

—¿Debe mi gatito comer carne y pescado?— preguntó Felipe.

—No ahora, porque es muy joven,— contestó la madre; —cuando sea más grande se le podrá dar un poco de carne que esté bien cocida. Nunca debe dársele mucho pescado, y cuando se le dé, habrá de cocerse muy bien y quitársele las espinas todas, pues muchas veces los gatos se ahogan por haberse tragado espinas. Las personas que tienen gatos de gran mérito creen que es muy malo darles de comer carne ó pescado crudo, y me parece que tú no debes dar á tu gatito lo que los grandes no deben comer.

—Yo creía, mamá, que los gatos se mantenían con ratones,— dijo Felipe con un tono de sinceridad que hizo sonreir á su madre. Esta replicó:

—Mucho me temo, hijo mío, que tu gatito se muera de hambre si ha de mantenerse sólo con los ratones que coja aquí. Es probable que haya algunos en el establo, pero muy pocos. Nunca dejes, Felipe, que tu gato martirice á un ratón. Si cuando está jugando con él se lo quitas, pronto aprenderá que debe matar su presa inmediatamente.

—El gato de Federico come col,— añadió Felipe.

—Sí; los gatos necesitan alimentarse también con legumbres. Generalmente comen maíz tierno, habichuelas, arroz, patatas y zanahorias.

—¿Puedo darle toda la leche que quiera?— preguntó el muchacho.

— No veo inconveniente en ello, siempre que le des el alimento con regularidad y no muy á menudo, cuidando de que la leche sea fresca y buena, y esté hervida.

— ¿ Qué otra cosa puede comer el gatito, mamá ?

— Pastelillos de harina de maíz, los cuales le gustarán más secos que mojados en algún líquido. Los gatos comen con delicia las hojas del calamento, que les sirve también de medicina, si bien un gato que pueda ir á donde haya yerba, rara vez necesitará medicinas.

— ¡ Mira, mamá, cuánto mejor parece estar ahora ! — dijo Felipe contemplando al gato que dormía tranquilamente. — Creo que va á ser muy bonito. Cuando crezca y sea un gato hermoso, le diré á papá que lo retrate.



LOS AMIGOS

LA FAMILIA FELINA

El gato doméstico pertenece á la misma familia del león, el tigre y el leopardo. Se les conoce como la antigua y poderosa familia felina, y aunque los gatos son pequeños y mansos, no dejan de parecerse á sus fieros parientes en muchas de sus cosas.



Todos los gatos tienen garras armadas con uñas muy afiladas que pueden sacar ó esconder á voluntad. Caminan sin hacer ruido, porque sus patas son blandas y elásticas. Los gatos no solamente son los animales que con más seguridad pisan y que poseen un equilibrio singular, sino que también son los que caminan más graciosamente.

Los gatos son nerviosos por naturaleza, y en estado salvaje andan errantes día y noche, descansando sólo cortos

intervalos; si bien es verdad que cuando el hambre les acosa, se pasan horas en acecho de una presa.

Es instintivo en los gatos, ya sean grandes ó pequeños, echarse sobre la presa y no perseguirla.

A ningún gato le gusta correr. Si algún peligro les amenaza, procuran evadirlo escondiéndose, y corren solamente cuando no pueden hacer otra cosa.



Los dientes de los gatos son puntiagudos y afilados, á fin de que les sea posible desgarrar en pedazos los alimentos. Tienen la lengua áspera y les ayuda mucho al comer; estando la superficie de ésta llena de espinitas, el animal la usa como cepillo ó peine.

Los bigotes de los gatos son en extremo sensibles. El tocarlos aunque sea suavemente, les lastima á veces, y tirarles de ellos es producir al animal un dolor intenso. Los niños que ignoran lo delicado del sistema nervioso que está en relación con los bigotes de su gato, suelen causar á éste gran sufrimiento.

¿Has observado alguna vez, amable lector, los ojos de tu gato? ¡Qué bien ven en lugares que á nosotros nos parecen

muy obscuros! ¿En qué son los ojos de los gatos diferentes á los nuestros?

Al medio día, el punto negro en los ojos de un gato es sólo una estrecha lista, pero á medida que la luz se amortigua, la pupila del ojo del animal se hace más grande y más redonda. De este modo es cómo sus ojos recogen más y más luz según se va haciendo de noche, por lo que al obscurecer el gato ve perfectamente los objetos. Cuando está muy obscuro, sus sensibles bigotes le ayudan á sentir lo que no puede ver.

El rabo de los gatos no es más que la prolongación de su espina dorsal, la cual es tan delicada como la nuestra. Si se tira de la cola á un gato, se le causa al animal un dolor agudísimo, el mismo dolor que sufriría una persona si se le lastimase la espina dorsal.



DOS CRIATURAS FELICES

COSAS QUE DEBEN TENERSE PRESENTE

Es un error suponer que los gatos son incapaces de querer y que son egoistas. Cuando un gato no quiere á nadie, es generalmente porque nadie le quiere á él. Es un animal que agradece el que le traten bien, y con frecuencia muestra su cariño á una persona de manera muy peculiar.

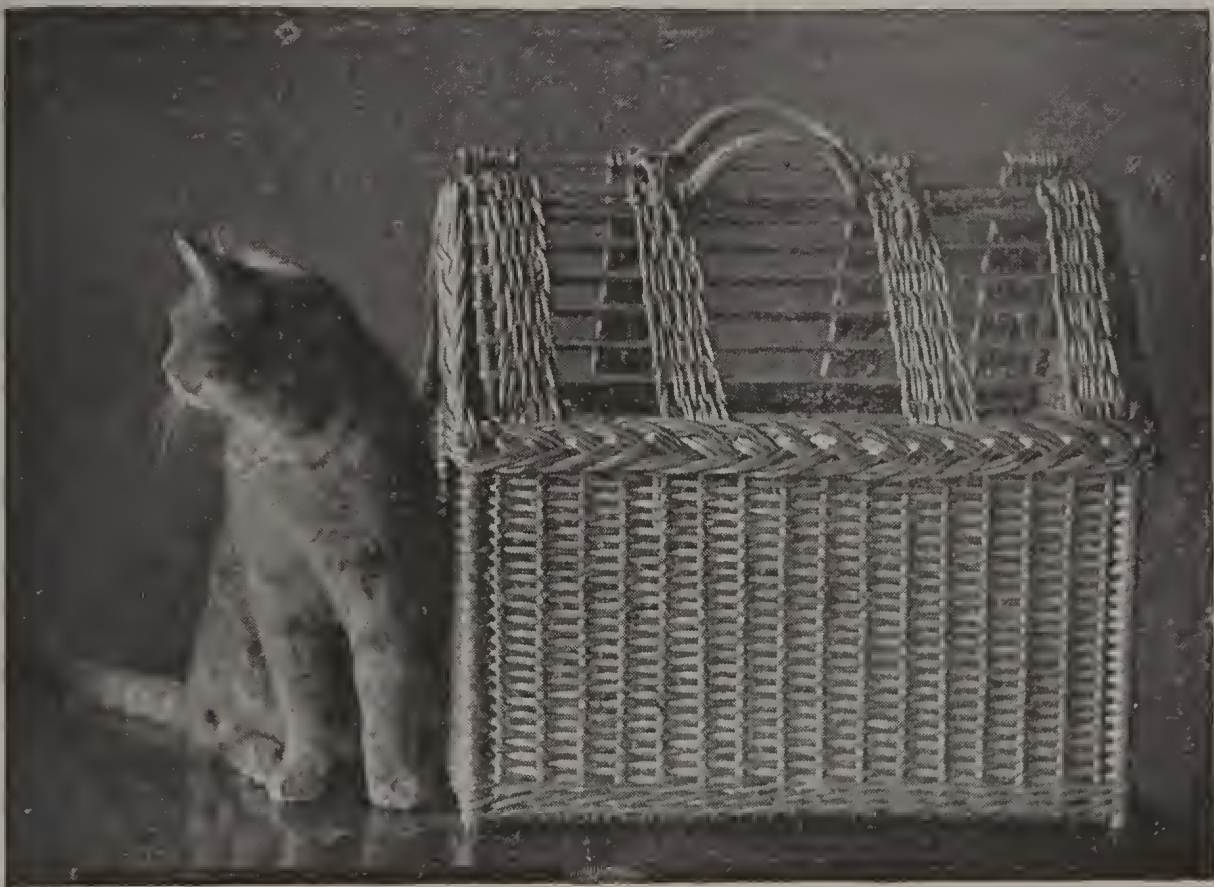
Recuérdese que no es justo calificar á un gato de cruel y castigarle porque trate de seguir lo que su instinto le demanda. No se dan cuenta del dolor que producen cuando en juegos

arañan, y rara vez tienen malas intenciones. Por lo general, una palabra de reprobación es suficiente para enseñarles que deben guardar las uñas para agarrar ratones, y es inútil pegarles ó asustarles. No comprenden por qué razón no han de coger un pajarito lo mismo que un ratón. Si algo que le guste al gato comer, se le da á última hora por la noche, de seguro que adquirirá la costumbre de venir á casa y dormir bajo techado. Si se dejan los gatos por la noche dentro de la casa, no interrumpirán el alegre canto matutino de los pájaros, y con un poco de vigilancia se logrará que dejen en paz á sus compañeros alados en el resto del día. Cuando una gata está criando, es necesario alimentarle bien, y el almuerzo ha de dársele muy temprano, pues de otro modo tratará de cojer los pájaros que haya en la casa para alimentar con ellos á sus gatitos.

Téngase presente que un gato al que no se le alimenta bien es muy mal ratonero. Cuando tiene hambre y por consecuencia está débil, pierde el sentido del olfato, y con éste todo deseo de cazar ratones.

Los gatos toman cariño á las casas lo mismo que á las personas, y temen mucho todo cambio de domicilio. Cuando es necesario trasladar un gato de una casa á otra, debe llevársele dentro de una cesta que tenga aberturas en la tapa, con objeto de que el animal pueda respirar aire puro, y le sea posible ver lo que sucede á su alrededor; pero la tapa debe estar bien asegurada con una cuerda fuerte ó una buena correa. Una vez en la nueva casa, deberá encerrarse al gato en un cuarto en el que se le pondrá agua, comida y un cajón con arena ó aserrín. Al obscurecer, cuando se hayan cerrado

las puertas que conduzcan al exterior, deberá permitirse al gato que recorra los otros cuartos, sirviéndole de guía alguna persona que él conozca. Durante dos ó tres días el animal



CESTA DE VIAJE

habrá de permanecer en la casa, y evítese de todos modos molestarle ó asustarle mientras está acostumbrándose á la nueva morada.

Al coger un gato ó sea al levantarle del suelo, téngase presente que se le lastimará si se le coje por las patas delanteras; ha de sujetársele por las patas de atrás al mismo tiempo.

Cintas y collares son cosas incompatibles con los gatos, pues es muy posible que se enreden ó se enganchen en clavos

ó astillas al saltar una cerca, y que se ahorquen de este modo. Una cosa puede asegurarse, y es que ni las cintas ni los collares les gustan á los gatos; parece que su instinto les dice que son adornos muy peligrosos para ellos.

Hay en el mundo tantos gatos que si se dejaran crecer todos los gatitos que nacen, llegaría un día en que no habría casas bastantes para ellos. Es muy duro para una persona de buen corazón matar los gatitos, pero es un mal necesario para evitar que haya muchos de esos animalitos sufriendo por falta de hogar y de cuidado. A cada gata deberá dejársele solamente un hijo. Los demás hay que matarlos lo más pronto que se pueda, pero nunca en presencia de la madre. ¡Qué dolor más grande sería para la pobre gata ver ahogar á sus hijitos!

Una cosa de gran importancia que no debe olvidarse nunca es que los gatos, así como los perros, pueden contraer enfermedades contagiosas y comunicárselas á otros seres. Cuando una persona esté enferma, debe impedirse que se le acerquen los animales domésticos, por el bien de ellos y el de los vecinos y amigos. Cuando un animal doméstico esté enfermo, debe cuidársele, pero téngasele incomunicado en beneficio de los habitantes de la casa. Frecuentemente los gatos se comunican las enfermedades entre sí, por lo que el gato que esté enfermo deberá encerrarse en un cuarto hasta que se cure.

Para que un gato esté sano, necesita tener acceso á lugares donde haya yerba fresca y agua potable. A los gatos les gusta que se les pase un cepillo por el cuerpo, si el cepillo no es demasiado duro.



¿QUIERES DARME OTRO FOCO?

No se olvide que los gatos son muy delicados y que fácilmente se les lastima por la región de la cabeza, y que debe cogérseles con cuidado. Son tan sensibles que les disgusta que les griten y estar donde haya mucha algazara.

CUENTOS DE GATOS

Una vez hubo una gata que vivía en una magnífica casa en Madrid. Su ama tenía también una casa de campo á la que iba dos veces cada año, llevando siempre á su gata.

La gata mostraba gran alegría cuando sacaban los baules para empaquetarlos y se hacían los demás preparativos de marcha.

El animal acostumbraba á hacer el viaje en una cesta muy cómoda, que tenía aberturas en la tapa para dar entrada al aire fresco, y que fué comprada expresamente con este objeto. Durante el viaje, su ama solía sacar á la gata de la cesta y acostarla en sus piernas algunos instantes, á fin de que al animal no le cansase la jornada.

Un día, cuando se estaban haciendo los preparativos para uno de estos viajes al campo, la gata parecía estar intranquila. Ella tenía un gatito recién nacido que apenas podía caminar, y temía que su hijito se quedara abandonado en la casa.

Estando en estas cavilaciones, vió con alegría una caja medio llena con vestidos de su ama, y se dijo:

—¡Qué veo! Ese es un lugar muy á propósito para mi hijito. Ahí puedo acostarlo entre los vestidos de modo que no le vean, y hará el viaje cómodamente.

Más tarde, cuando una criada de la señora se encontró al gatito muy envuelto entre los trajes de seda y encajes, celebró



EXPULSADA

la maternal perspicacia de la gata, pero sacó al gatito y le acomodó en la cesta con su madre.

En un monasterio francés vivía un gato que siempre iba al comedor en cuanto oía la campana llamando á los monjes á comer. Un día ocurrió que el gato se quedó encerrado en un cuarto, y cuando sonó la campana de la comida el animalito no pudo salir y por lo tanto se quedó sin comer.

Tan pronto como le abrieron la puerta de su improvisada prisión, el gato corrió al comedor en busca de su plato, pero, para su desconsuelo, no encontró nada. De pronto se oyó el sonido de la campana del monasterio, y cuando los monjes corrieron á informarse de lo que ocurría, se encontraron al gato colgado de la cuerda de la campana, tocando á comer.

Cuéntase de un gato, que tenía la habilidad de saberse los nombres de todas las personas que había en su casa. Si se le preguntaba por alguno que estuviese ausente, el animal echaba una mirada á la silla vacía que la persona aludida acostumbraba á ocupar, y luego miraba á quien le había dirigido la pregunta. Si se le decía que trajese al ausente, el gato iba corriendo al cuarto del mencionado miembro de la familia, cogía entre sus garras el manubrio de la cerradura, maullaba por el ojo de la llave y esperaba á que le abrieran.

Con frecuencia ocurre que un gato le toma cariño á uno de los de la familia con quien vive. Se cuenta que un gato llamado Antón quería tanto á su amo, que era un muchacho, que cuando á éste le pusieron á pupilo en el colegio, el

animal se huyó de la casa y se fué á vivir al bosque. El muchacho iba frecuentemente á su casa á pasar algunos días con sus padres, y siempre que esto ocurría, el gato se presentaba á saludar á su amo. Así mismo se refiere de otro gato, que conocía tan bien los pasos de cada miembro de la familia, que antes de que nadie se apercibiera de que alguno de la casa regresaba al hogar, el animal estaba ya en la puerta de la calle esperándole para saludarle. Este mismo gato sabía cuando era un extraño el que tocaba á la puerta, y entonces lanzaba un ligero maullido como para avisar á sus amos.

Las gatas son tan amantes de sus hijitos, que son capaces de cruzar por en medio de llamas ó echarse al agua para salvarles de algún peligro; y si alguien les ataca ó trata de hacerles daño, le acometerán fieramente. Una pobre gata, viendo que le era imposible salvar á su hijito del incendio que se había declarado en la casa de sus amos, prefirió morir con él á escaparse sola.

UNA NIÑA VALIENTE

Una niña que un día regresaba del colegio para su casa, vió en el camino un grupo de muchachos y varios perros que estaban atormentando á un infeliz gato, junto á un charco de agua que había en la calle. Los desalmados muchachos cogían al gato y lo tiraban al agua, celebrando con grandes carcajadas los vanos esfuerzos que el aterrorizado animal hacía por salir del charco, al mismo tiempo que los perros aumentaban el tormento del animalito con sus feroces ladridos. Consuelo, que así se llamaba la niña, se indignó al presenciar aquella crueldad, y abalanzándose al grupo que formaban los perversos muchachos y los mal enseñados perros junto al pantano, sacó del agua al ya medio ahogado gatito. Los muchachos, avergonzados de su crueldad por la lección que acababan de recibir de la valiente y humanitaria niña, huyeron; y Consuelo abrigó contra su pecho al pobre animalito que estaba tiritando de frío, mientras pensaba qué haría con él. El gatito estaba realmente medio muerto, y como ella sabía que no era posible que se lo llevara á su casa, porque á su familia no le gustaban los gatos, dijo muy compungida, dirigiéndose al animal:

—¡Pobrecito gatito! Es necesario poner término á tus sufrimientos, pero yo misma lo haré, para estar segura de que no te martirizan.

Y arrodillándose junto al pantano, con mano segura mantuvo al infeliz gato debajo del agua, al mismo tiempo que ella lloraba copiosamente, hasta que todo hubo terminado para el desgraciado animal, que ya estaba fuera del alcance de muchachos crueles y de perros ladradores.

El acto de esta niña fué de verdadera humanidad. Muchas personas que se consideran de muy buen corazón porque no son capaces de matar un gatito cuando el hacerlo es realmente un acto humanitario, porque evita mayores padecimientos al animal, no tienen reparo en coger á uno de éstos y lanzarlo al patio ó por una cerca, y se quedan tan satisfechas creyendo que han hecho una buena acción librándose de la vista de aquel infortunado ser. ¿ Y qué le ocurre á ese animalito abandonado y maltrecho ? De diez casos, nueve son condenados á llevar una vida errabunda, perseguidos por todo el mundo ; una vida miserable, siempre hambrientos, sin techo en que guarecerse de los rigores del clima, víctimas obligadas de los perros crueles, y la diversión salvaje de los muchachos malvados y brutales. ¡ Cuánta más bondad y más humanidad hay en mortificar por un momento nuestros instintos y dar muerte á un animal que así cesa de padecer y escapa una vida de tormento, que volverle las espaldas y dejarle abandonado á la terrible suerte que le espera !



EL LEÓN EN FAMILIA. Por Rosa Bonheur

CUENTOS DE LEONES

Una vez se exhibía en París un león que estaba encerrado en una jaula enorme. Era un animal tan grande y tan fiero que todo el mundo quiso verle.

Un día en que el circo estaba lleno de espectadores, el hombre que cuidaba al león puso en la jaula de éste un perrito negro. La gente estaba ansiosa por ver lo que haría el león. El perrito, mientras tanto, temblaba de terror y procuraba huir del peligro acurrucándose contra los barrotes de la jaula.

El león miró fijamente al insignificante ser que tenía ante sí, pero no gruñó ni rugió. Probablemente se alegró

de que alguien fuera á hacerle compañía en la soledad de su prisión. De algún modo el rey del desierto hubo de decir al perrito que no tenía porqué asustarse, pues pasados algunos segundos, el animalito se acercó al león y le lamió el hocico.

Después de aquella escena, ambos se hicieron muy buenos amigos, y el león llegó á consentir al perrito que le diera bromas y que le tirase de las melenas. Cuando les echaban la comida, el león permanecía detrás del perro y dejaba que éste satisfaciese su apetito primero. Parecía comprender que por ser él el fuerte, debía mostrarse galante y compasivo con el débil é indefenso.

El famoso domador de leones, Gerardo, cogió en Africa un cachorrito de león y lo llevó á su país, donde le crió, poniéndole el nombre de Huberto. El domador acostumbraba á pasarse varias horas jugando con su leoncito. Cuando éste creció bastante, Gerardo le envió á París. Al año siguiente, cuando el domador fué á la capital de Francia hizo una visita á su león. El animal estaba en una jaula, y cuando distinguió á su amo, comenzó á temblar, excitado por la agradable sorpresa. El domador metió una mano por entre los barrotes de la jaula, y Huberto la lamió, rebosando de contento.

— ¡ Huberto ! — gritó Gerardo. — ¡ Mi antiguo soldado !

El león dió un terrible salto y se abalanzó á los barrotes de su jaula, donde permaneció en dos patas y lanzando estruendosos rugidos de alegría que resonaban en todo el edificio. Con su enorme lengua lamía la mano de su amo, al mismo tiempo que trataba en vano de acariciarle con una de sus garras.

Pasado algún tiempo, el animal se calmó un poco, pero cada vez que Gerardo hacía demostraciones de irse, el león volvía á rugir lastimeramente.

Gerardo pasaba todos los días algunas horas en la jaula con su león, y los dos se sentían felices al verse juntos.

Rosa Bonheur, cuyos cuadros figuran entre los más famosos del mundo, amaba á los animales que pintaba. Una vez tuvo por modelo á un fiero león llamado Nero, el cual, después de algún tiempo, hubo de ser trasladado á París. Llegó el día en que el animal debía partir. Los caballos enganchados al carro en que iba la gran jaula de la fiera, temblaban de miedo sólo al presentir la presencia de aquel devorador de hombres. Nero estaba tranquilo, pero miraba con tristeza á su ama, notándose en sus ojos la expresión del más sentido reproche.

Algunos meses más tarde, la artista fué á ver al león, que se hallaba en uno de los parques de París. El animal estaba ciego y moribundo.

—¡Ay! ¡Mi pobre Nero!—dijo Rosa.—¿Qué te han hecho?

El león levantó su enorme cabeza y prestó atención por un momento. Después se arrastró penosa y pausadamente hacia los barrotes de la jaula, para que ella pudiera acariciarle. Junto á la artista y su amigo el león, sólo había gente ruda y muchachos callejeros, y no obstante, todos los hombres que estaban presentes se quitaron el sombrero y en todos los ojos pudieron verse lágrimas de enternecimiento.

Rosa Bonheur no dispensó su afecto y sus bondades exclusivamente á los animales irracionales, pues en sus tiempos

de prosperidad hizo mucho bien por artistas pobres que tenían que trabajar en medio de escaseces y en condiciones nada alentadoras. Durante muchos años antes de su muerte,



ROSA BONHEUR

ella vivió en un pueblo situado junto al Bosque de Fontainebleau, y allí llevó sus fieras, sus animales domésticos y sus amigos de la raza humana, á que disfrutaran de una vida placentera y dichosa.



EL REY DE LOS ANIMALES. Por Rosa Bonheur

EL REY DE LOS ANIMALES

Soy un gran león y uno de los animales más fuertes del mundo. Yo vivía en los montes de Africa, y cuando daba un rugido, infundía terror á cuantos le escuchaban.

Yo cazaba para conseguir alimento que llevar á mis pequeñuelos y para comer yo; nunca maté por gusto. Los hombres son los únicos que dan muerte á otros seres por diversión. Las fieras no son salvajes hasta ese extremo.

Te extraña verme encerrado en esta jaula, siendo yo tan fuerte; es porque temo á los hombres. Son diestros y crueles. Armaron una trampa y me cogieron. Han hecho estos barrotes que rodean mi cárcel, contra los que nada puedo.

He hecho toda clase de esfuerzos por conseguir mi libertad, pero inútilmente. Estoy aburrido y padezco nostalgia. Me hace falta estar en las llanuras, necesito ver mi faz reflejada en los caudalosos ríos y sentir el suave aire del bosque.

A veces sueño con mi antiguo hogar, y entonces me olvido de la muchedumbre que me contempla atónita, del olor del aserrín y de lo estrecho de esta jaula. Me figuro que estoy otra vez en el campo libre, grandioso y hospitalario.

Entonces salto de alegría, pero mi cabeza tropieza con los barrotes del techo de la jaula, y doy un rugido de pena, lo que hace que mi despiadado guardián acuda á castigarme con una puntiaguda varilla. Cuando me veas en la jaula que me han dado por prisión, compadéceme, pues soy muy desgraciado.



EL BAJEL DEL DESIERTO

EL BAJEL DEL DESIERTO

El camello es oriundo de Arabia. En aquel país hay muchos kilómetros de desierto arenoso.

Para transportar gente y mercancías de un punto á otro á través del mar se usan buques ; en Arabia se usa el camello para transportar gente y mercancías á través del desierto. El camello lleva cargas pesadas y valiosas por aquel océano de ardiente arena, y á esto se debe el que por algunos se le llame el Bajel del Desierto.

No hay caballo ni burro ni animal solípedo alguno que ande por donde anda el camello, pues los cascos de aquellos se enterrarían en la floja y reseca arena, haciéndoles imposible moverse. Los pies del camello son parecidos á anchas almohadillas y se extienden cuando pisan; no resbalan ni se entierran, teniendo la planta mucho espesor, á fin de protegerles contra el calor de la abrasadora arena.

El camello puede andar por mucho tiempo sin comer ni beber; y lo hace porque lleva consigo un repuesto de ambas cosas. La giba que tiene en el lomo es una acumulación de grasa, que el camello puede, de algún modo, usar como alimento. No da bocados á esa grasa ni se la mete en la boca, lo que hace es consumirla de una manera peculiar, y la giba disminuye gradualmente cuando el cuadrúpedo se encuentra haciendo un largo viaje y le dan poco de comer. Cuando un pobre camello muere de hambre, su lomo está casi liso.

El camello guarda un repuesto de agua en sus dos estómagos, una parte de los cuales está forrado con un gran número de celdas. Cuando el camello bebe agua, llena estas celdas y guarda el líquido en ellas para usarlo más tarde, y por esta razón, una vez que ha satisfecho la sed, puede permanecer largo tiempo sin necesidad de abrevar.

El camello tiene el olfato muy fino. Se dice que este animal descubre la existencia de agua mucho antes de que ésta sea visible.

Cuando uno de estos animales cruza el desierto, llevando una carga, y pasa por lugares donde no existen ni vestigios de vegetación, se le alimenta con dátiles, frijoles ó tortas.

Algunas veces el camello encuentra en sus largas jornadas algunas plantas espinosas y secas que puede comer, mas cuando carece por completo de pasto, ha de recurrir á la provisión de grasa que lleva en su giba.

Con frecuencia se ven en una caravana millares de camellos. Sin ellos es indudable que los comerciantes no podrían enviar sus mercancías á través del desierto, pues no hay animal que resista tan largo viaje y en las condiciones referidas.

UNA CARGA PESADA

Ocurrió un día que un jornalero que trabajaba en la construcción de una casa vió á un carretero, que guiaba un carro muy grande, tratando de que los caballos uncidos á éste entraran retrocediendo en el patio de la fábrica.

El carro estaba cargado de madera para la construcción de dicha casa, y aunque los caballos parecían esforzarse todo lo que les era dable para cumplir la orden del carretero, sólo empujaban el carro un corto trecho. Pero lo peor era que su esfuerzo resultaba inútil, pues el carro volvía á rodar cuesta abajo sin que los caballos pudieran retenerlo por lo pesado de la carga.

El carretero se encolerizó y comenzó á gritar á los caballos, al mismo tiempo que les fustigaba cruelmente con el látigo. Ante este injusto trato, los caballos cesaron de empujar el carro y comenzaron á cocear.

En este momento el jornalero se aproximó al carro y dijo al carrero:

—Bájese usted un instante y déjeme ver si yo puedo hacer algo con estos caballos. El carrero, aunque de mala gana, accedió á esta petición.

Lo primero que hizo el jornalero fué dirigirse á donde estaban los animales y les acarició á la vez que les hablaba con dulzura. Después quitó del carro varios de los maderos más pesados y los echó al suelo. Por último, cogió un panecillo de

la cantina donde tenía su merienda, lo partió en dos pedazos y dió uno á cada caballo. Cuando los animales acabaron de comer el pan, nuestro jornalero se subió al carro y cogió las riendas.

—¡Arre! ¡Arre!—gritó el trabajador á los caballos y tiró suavemente de las riendas.—¡Vamos, arriba! Estoy seguro de que ahora pueden ustedes si hacen un nuevo esfuerzo. ¡Arre, que ya va subiendo el carro!



Los caballos, alentados por aquella voz amistosa, sacaron fuerzas de flaqueza y dieron un vigoroso impulso al carro, y éste subió la cuesta y entró en el patio.

—No es agradable trabajar cuando á uno le están regañando y castigando,—dijo el trabajador, dirigiéndose al carrero al entregarle las riendas.—La próxima vez que le ocurra á Vd. un percance como éste, ponga en práctica mi sistema. Ya ha visto Vd. que da muy buen resultado.

CABALLOS FAMOSOS

Desde las primeras edades el caballo se ha considerado como el compañero y el auxiliar del hombre.

El caballo más famoso en la historia es quizás Bucéfalo (cabeza de buey), que perteneció á Alejandro el Grande. Alejandro era hijo de Felipe, rey de Macedonia.

Cuando el muchacho tenía unos trece años, le propusieron á su padre que comprara un magnífico caballo blanco con una mancha negra en la frente, que parecía la cabeza de un buey. Lo que pedían por aquel caballo eran veinticinco mil pesos. Le llevaron á presencia del rey, pero nadie pudo montarle, aunque varios lo intentaron. Felipe se disgustó mucho al ver lo indomable que era el animal y estaba á punto de ordenar que se lo llevasen, cuando Alejandro suplicó á su padre que le dejara probar si él podía montarle, á lo que Felipe accedió.

El muchacho se acercó pausadamente á Bucéfalo y le acarició el cuello y la cabeza, procurando apaciguarle. Al hacer esto observó que el caballo tenía miedo de su propia sombra, que hacía círculos en la yerba á medida que él se movía. Entonces Alejandro hizo que el caballo se volviera con la cara al sol, y se montó de un salto. Empleando todos los medios posibles para tranquilizarle, logró al fin que el animal fuera dócil y obedeciese á las riendas.

Bucéfalo fué desde entonces el compañero constante de Alejandro. El caballo cayó una vez en poder de los bárbaros

contra quienes se encontraba peleando Alejandro, pero fué tanto lo que esto afectó al gran soldado, que al fin le fué devuelto su animal favorito.

Este famoso caballo murió cuando tenía treinta años, á consecuencia de heridas que recibió en el campo de batalla. Alejandro le guardó luto lo mismo que si el muerto hubiese sido su amigo más querido, é hizo fundar una ciudad á guisa de monumento dedicado á la memoria de su fiel y servicial Bucéfalo.

Ligero y Avivado fueron dos caballos que pertenecieron á dos emperadores romanos. Se les alimentaba con almendras y pasas; tenían caballerizas de mármol y pesebres de marfil; uno de ellos bebía vino en un cubo de oro. Pero de seguro que el buen instinto de estos animales les hacía repugnar semejante vida, y que hubiesen preferido un puñado de yerba fresca y un trago de agua fría.

Hay muchos caballos cuyos nombres han pasado á la historia, como por ejemplo, Copenague, el caballo de batalla favorito del duque de Wéllington, en el cual éste montó durante diez horas en la célebre batalla de Waterloo. Copenague vivió pacíficamente hasta edad avanzada, pero era muy aficionado á panetelas y bombones de chocolate y al fin murió á causa de comer dulces con exceso.



UN SEMENTAL NORMANDO. Por Rosa Bonheur

DE CÓMO DEBEN CUIDARSE LOS CABALLOS

Puede asegurarse sin temor de exagerar, que entre todos los animales, el caballo es el que mejor recompensa el buen trato que se le dé, pues cuanto más se le cuide, mejor animal se hace y puede rendir más trabajo.

No obstante esto, es un hecho que no hay animal que se descuide y maltrate más que al caballo. Los carreteros ignorantes le golpean sin piedad ; se le da mal de comer y se le tiene por muchos días encerrado en un establo obscuro y sin ventilación.

Los caballos son valientes cuando tienen noción del peligro que han de afrontar. Al caballo de guerra se le enseña á entrar en batalla sin espantarse ni resistirse. Debe tenerse presente que los caballos se familiarizan con las cosas por medio de la vista y del olfato, y que se asustan de lo que les es desconocido.

Las personas que cuidan caballos, deben hacer que éstos examinen y conozcan todo aquello que les asuste. Si un caballo se muestra temeroso ante un objeto cualquiera, llévesele con dulzura á que lo vea y lo huela, y se le acabará el miedo. Pero esto habrá de hacerse sin violencias, pues los gritos y los golpes sólo sirven para amedrentar más al animal.

Un pedazo de papel que el viento levante del suelo, basta muchas veces para espantar al caballo más manso. Los ojos

de estos animales no son iguales á los nuestros, y á menudo ocurre que al salir de un establo obscuro, les ciega de tal modo el resplandor, que cosas que les son familiares se les figuran extrañas, y se intimidan. Muchas desgracias se evitarán teniendo cuidado de recoger los pedazos de papel que haya esparcidos por el suelo en los parajes por donde anden caballos.

Si á los caballos no les pusieran anteojeras, estarían más cómodos y verían mejor donde pisan y lo que pasa á su alrededor. No es tan fácil que se asusten si pueden ver lo que haya á derecha é izquierda.

Se dan casos de que un caballo se resiste á cruzar un río ó pasar por un puente. Es inútil fustigarle cuando esto ocurra, pues sólo se logrará aumentar su miedo. Lo mejor es esperar á que venga otro caballo que pase por el puente. Entonces el atemorizado animal verá que nada le ha sucedido al otro y le seguirá tranquilamente.

Un caballo al que se le asusta cuando está en el pesebre, suele resistirse á salir de él; pero si se le ponen los arreos, es raro que se niegue á seguir á su amo.

Ocurre con frecuencia que es difícil sacar á un caballo de un establo incendiado; pero si se le echa por la cabeza una manta ú otra cosa semejante, á fin de cubrirle los ojos, no cuesta trabajo salvarle.

Es muy común que los cocheros y carreteros inexpertos den un tirón á las riendas para arrear los caballos. Y no saben que esto endurece tanto la boca de las caballerías que luego es difícil que obedezcan al freno. Los caballos aprenden rápidamente, y pronto saben obedecer la voz de su amo así como las indicaciones de las riendas.



ABREVANDO

No se debe hostigar constantemente á los caballos cuando se ve que están haciendo todo lo que pueden, pues esto les desanima. Debe dejárseles que tomen aliento al llegar á la cima de una colina ó á lo alto de una pendiente, antes de arrearles para que emprendan un paso ligero.

Las moscas son una tortura para los caballos briosos. Hay varias preparaciones que son buenas para untárselas á los caballos y reses con objeto de ahuyentar las moscas. Una red echada sobre el lomo del animal es de mucha protección. Si se amarra al caballo un pañuelo mojado entre las orejas, se evitará muchas veces un ataque de insolación. En Francia y otros países se acostumbra á ponerles sombreros á los caballos durante el verano cuando han de andar al sol. Dentro del sombrero ponen una esponja con agua ó unas hojas de col.

Es un error creer que los caballos no deben beber mucha agua. Si un caballo está sudando á causa de tener calor, conviene esperar á que se refresque antes de dejarle beber mucho, pero cuando el animal está trabajando ó de viaje, necesita, lo mismo que las personas, beber á menudo.

Cada vez que un caballo regresa de una excursión ó vuelve del trabajo, debe examinársele las patas y limpiársele los cascos, cuidando especialmente de quitarle alguna piedrecita que se le haya encajado en el hueco de la pezuña, pues de otro modo pronto le produciría cojera.

El caballo es muy sensible al sonido de la voz humana. Si se le habla en tono áspero y disonante, el animal se asusta é irrita; por el contrario, se le anima y contenta si se le dirige la voz suave y cariñosamente. Los carreteros tienen



NATURAL Y CÓMODO

la mala costumbre de gritar á los caballos, lo cual es, además de innecesario, molesto.

Cuando un caballo se resiste á tirar de un carro, véase si los arreos le lastiman ó si la carga es demasiado pesada. Si no ocurre ninguna de estas cosas, entonces pruébese á darle ánimos por medios persuasivos, tales como acariciarle el cuello y la cara, darle un terrón de azúcar, etc.

Por último, el engallador que se les pone á los caballos con objeto de que tengan la cabeza erguida, hace sufrir intensamente á dichos animales. Está tan generalizado el uso del engallador que conviene exponer el martirio que causa y lo peligroso que es. El caballo necesita



INCÓMODO Y MARTIRIZADO

bajar la cabeza para tirar bien de un carro ú otro peso semejante. El engallador referido es la causa principal de muchas enfermedades en los caballos, entre ellas relajación de las rodillas.

Dícese que un caballo tiene mejor apariencia con la cabeza erguida. ¿No tiene el caballo del grabado que se ve en la parte superior de la página opuesta tan buena apariencia como el del grabado que está más abajo? Pues parece estar mucho más cómodo y contento.

Un caballo enganchado á un vehículo y con el engallador de que se ha hecho mención, está propenso á caerse, porque no puede ver donde pisa, y cuando tropieza ó resbala no le es posible incorporarse ó recobrar el equilibrio rápidamente. No tiene gracia ni libertad en sus movimientos, y sin duda un caballo sometido á este martirio desearía que su amo le procurase más comodidad y bienestar, porque es innegable que el mal aconsejado engallador da un desagradable aspecto al animal además de incomodarle mucho, y de seguro que el cuadrúpedo protestaría de su uso si pudiera hacerlo.

UN NOTABLE DOMADOR DE CABALLOS

Hace cerca de medio siglo, un americano alcanzó gran renombre, por haber domado uno de los caballos más indómitos que ha habido en el mundo.

Este caballo se llamaba Corsario, y pertenecía á un noble inglés. Era un caballo de carrera, de pura raza. Pero desgraciadamente, el animal tenía muy mal genio; no había establero que se atreviese á entrar en el pesebre que ocupaba. Una vez le pusieron en un establo público, y cuando se quiso sacarle de allí, fué necesario quitar el techo del edificio para lograrlo. Después de esto, se le abandonó por imposible y se le permitió hacer lo que quisiera, estando de este modo unos tres años. Pero no se le dejó suelto ó en una semilibertad, no; se le puso un enorme freno cargado de cadenas, y además un gran bozal forrado y recubierto de hierro. ¡No era extraño que el caballo se pusiera de peor genio! Cuando se le aproximaba alguien, el animal relinchaba y pateaba de ira y de odio.

El domador americano aludido había tenido tan buen éxito domando potros en su país, que se decidió llamarle para ver si él podía hacer algo con Corsario. Cuando el americano llegó y vió el caballo, dijo:

—Cariño, intrepidez y paciencia es todo lo que se necesita para domesticar á este animal. Yo no tengo ningún inconveniente en intentarlo.

Cuando llegó el momento de acometer la empresa, el domador abrió la puerta de la caballeriza ocupada por Corsario, y se presentó ante éste con gran impasibilidad y como quien no tiene nada que temer. El caballo se sorprendió tanto que no hizo el menor movimiento, y antes de que tuviera tiempo de decidir lo que haría con aquel intruso que no le tenía miedo, *el cariño, intrepidez y paciencia* del domador entraron en juego. Este hombre hizo amarrar hacia atrás una de las manos de Corsario, de modo que no pudiera ni correr ni cocear. Se repitió la operación con la otra mano, y el brioso y fuerte caballo cayó de rodillas sin poder moverse. Durante esta operación, el domador estuvo hablándole al animal y acariciándole para hacerle comprender que él no iba á hacerle daño, hasta que por fin Corsario pareció comprender que en aquel hombre había encontrado un maestro amable y un amigo cariñoso.

Tres horas después de haber comenzado el americano su difícil tarea, el amo de Corsario pudo montarlo sin inconveniente alguno, y el domador americano había hecho su fortuna, pues el caballo era un espléndido animal, cuya reaparición en los círculos de equitación fué celebrada en extremo. La misma reina Victoria expresó la alegría que le produjo el cambio operado en Corsario, y con frecuencia fué á ver y á acariciar al hermoso animal.

Corsario pasó más tarde á ser propiedad de su domador y acompañó á éste en sus viajes por las principales ciudades de Europa. En todas partes se agolpaba la gente para admirar al caballo y más aún á su intrépido é inteligente domador. Este dijo á un aficionado á la equitación:

—Enseñar á los hombres que cariño, paciencia y firmeza son los medios que deben emplearse para manejar los caballos, es la misión que yo me he impuesto. Los caballos aprenden si se les trata con dulzura, y se envician y enfurecen con el mal trato.

Este domador de caballos dió conferencias ante cocheros y carreteros en todas las poblaciones que visitó, y algunas de las testas coronadas sentían placer en ir á escucharle. Con el sistema empleado por este famoso domador americano, los caballos que habían adquirido resabios á consecuencia de habérseles tratado mal, se volvían mansos y dóciles. El bien que este hombre hizo en este respecto no es fácil calcularlo. Murió joven, á los cuarenta años de edad, pero sus enseñanzas han fructificado y no se olvidarán nunca. Poco antes de entregar su alma á Dios, y cuando estaba postrado en cama, dijo á uno de sus amigos:

—Si yo pudiera volver á mi potrero y dar un abrazo á mis caballos, creo que me pondría bueno.

ROBERTO Y SUS AMIGOS

EL SUEÑO DE ROBERTO

Una tarde muy calurosa, hallábase un muchacho llamado Roberto, jugando á la sombra de una corpulenta ceiba. Se había cansado de sus juguetes y buscaba con la vista alguna otra cosa con qué entretenerse. Sus ojos tropezaron con Príncipe, un hermoso perro que, echado sobre la yerba, se encontraba á pocos pasos del árbol.

— ¡ Ven aquí, Príncipe! — gritó el muchacho, — ven, que te voy á poner mi sombrero para que juguemos á que tú eres un muchachito.

Príncipe, cansado y soñoliento, no se sentía con ganas de jugar á que él era un muchachito; así fué que en cuanto Roberto le puso el sombrero, el animal sacudió la cabeza y lo hizo caer al suelo. Entonces el muchacho le dió un golpe con un palo y el pobre perro echó á correr hacia la casa.

Debajo de una mata de rosas se hallaba durmiendo Bolo, un gato blanco como la nieve, y cuando Roberto le vió le dijo:

— ¡ Hola, dormilón! Ven acá, que te voy á dar un paseo en coche, — y cogiendo al gato le puso en un carretoncito.

El gato maldita la gana que tenía de pasear en coche, por lo que cuando Roberto trató de retenerle en el carretón, le arañó las manos y se escapó á todo correr.

— ¡ Qué estúpido y malvado es este gato! — exclamó Roberto indignado.

—¡Qué muchacho tan malvado eres tú!— dijo la madre de Roberto, que había estado observándole desde el portal. —Es cruel lo que has hecho molestando á Príncipe y á Bolo. Me parece que debes irte á tu cuarto y estarte allí hasta la hora de comer.

Roberto obedeció á su mamá. Subió á su cuarto, cerró la puerta y se echó en la cama con muchas ganas de llorar.

A él le pareció que sólo había estado un minuto acostado, cuando oyó voces de gente que hablaba muy alto. Se incorporó y miró en su derredor, sorprendiéndole mucho encontrarse de nuevo en el jardín. Junto á él había varios perros y gatos empeñados en animada conversación. Lo que más le llamó la atención fué que él les entendía.

Príncipe era el que hablaba.

—Estoy cansado de vivir aquí,—decía,—pues mi amo no me trata bien y me hace sufrir mucho. Esta mañana me obligó á seguir su bicicleta, y cuando regresamos yo tenía mucha sed y estaba cansadísimo, pero mi amo no se ocupó siquiera de poner agua en mi escudilla. Yo le pedí suplicante que me diera de beber, y lo que él hizo fué reirse de mí y decirme que estaba muy ocupado.

—Pues yo tuve que arañarle hoy,—dijo Bolo.—Quizás esto le enseñe que no debe lastimarme tan á menudo como lo hace. Acostumbra á levantarme por una pata, y ayer, sin ir más lejos, me cogió por el rabo y me balanceó como si yo fuera un péndulo. Estoy seguro de que él no sabe lo mucho que eso me lastima.

—Tú eres un gato valiente cuando te atreves á arañar á tu amo,— dijo un gatito que parecía muy manso.—En mi

casa hay una niñita que juega conmigo; pero yo, naturalmente, no puedo arañar á una niñita. Ella me tira de los pelos y me mete los dedos en los ojos, y tengo que sufrirlo. Pero lo peor es que cuando logro escaparme, los otros muchachos me cogen y me entregan de nuevo á la inocente criatura.

—Eso es injusto,—interrumpió un perro que estaba andando sin cesar.—Dispénsenme ustedes que ande mientras hablo, pero me han tenido amarrado tanto tiempo, que tengo las patas entumecidas. Es claro, me escapo en cuanto me quitan la cadena. ¿Quién no haría otro tanto?

—Pero á ti te dan bastante de comer,—dijo un gato muy flaco que estaba sentado debajo del árbol y que miraba con ojos codiciosos los pájaros que saltaban alegremente de rama en rama.—A mí nadie me da de comer hasta que con mis lastimeros maullidos doy á comprender que tengo hambre. Y entonces me regañan por hacer tanto ruido. ¡Ya me alegraría yo de coger algún ratón! El caso es que en mi casa no hay un ratón ni en pintura.

—Sí; pero al fin tienes casa en donde vivir,—exclamó una voz muy debilitada,—lo cual es cosa de que debe uno estar agradecido. ¡Tener un rincón donde dormir! . . .

Todos los circunstantes se volvieron hacia el punto de donde había salido aquella voz, y vieron á un pobre gato vagabundo que salía de entre los arbustos. A Roberto se le partió el corazón de pena al verle.

—Pues tú tenías una buena casa hace algunas semanas,—replicó Príncipe,—si bien debo declarar que no te reconocí en los primeros momentos, pues estás muy desfigurado. Come un poco de mi comida. Yo no tengo hambre ahora.

—¡Muchas gracias!— dijo el recién llegado con voz en que rebosaba el agradecimiento.—Sí, es verdad; yo tenía una buena casa y los niños eran muy buenos conmigo. Pero la familia se ha ido á veranear, y la casa está cerrada y sola. Mis amos no volverán en muchas semanas, y me parece que ya no existiré cuando regresen. Desearía haberme muerto, pues sufro muchísimo. Agradecería á cualquiera de ustedes que tuviese la bondad de matarme.

La voz del infeliz gato se extinguió como apagada por la desesperación.

Los ojos de Roberto se llenaron de lágrimas, y el muchacho comenzó á sollozar. Entonces oyó la voz de su madre que decía:

—¿Qué es eso, hijo mío? ¿Qué estás soñando? Despierta, amor mío. Ya es casi hora de comer y tu papá viene por la esquina.

—¡Ay, mamá!—dijo Roberto.—He tenido un sueño terrible. Nunca más volveré á maltratar al pobre Bolo.

ROBERTO VISITA UNA HACIENDA

Cuando Roberto cumplió diez años, fué de visita á la hacienda de un amigo de su padre, y pasó allí algunas semanas. Como el muchacho había vivido siempre en la ciudad, estaba ansioso de ver lo que era la vida del campo.

El dueño de la hacienda, que se llamaba don Pascual, prometió á Roberto enseñarle todo lo que pudiera acerca de los animales que había en la finca. A los pocos minutos de su llegada, ya estaba el muchacho en el establo mirando las



EN EL CORRAL

bestias. Había tres vacas y dos caballos, que parecían estar muy cómodamente y alegres.

—¡Qué pesebres tan anchos tienen! — dijo Roberto. —Yo nunca he visto vacas comiendo en pesebres tan grandes.

— Sí, — le replicó Santiago, que estaba ordeñando una vaca, — todos estos pesebres son lo suficientemente amplios para

que las vacas y los caballos puedan acostarse cuando quieran dormir ó descansar. Y fíjese usted en que los animales están de cara al establo, en lugar de estar todo el día mirando á una pared lisa.

— Debe ser mucho más agradable estar mirando hacia el establo que hacia unas cuantas tablas mal paradas, — añadió Roberto, — pero no se me había ocurrido esto antes.

— A los animales les gusta ver lo que pasa á su alrededor, — dijo Santiago, — y además, así tienen más aire que si estuviesen en un pesebre reducido.

— ¡Qué leche más deliciosa bebimos anoche! — exclamó Roberto al mismo tiempo que se inclinaba para acariciar la cabeza á Mariposa, la ternera, que dió muestras de agradecerlo mucho.

— Todas las vacas de esta hacienda dan buena leche, — observó Santiago. — Don Pascual procura que su ganado viva cómodamente y esté bien alimentado, porque sabe que á la larga esto es más productivo. La semana pasada despidió á un muchacho porque hizo correr á las vacas cuando iban á pastar. Pues ha de saber usted que eso hace daño á los animales y echa á perder la leche.

— ¿Van las vacas á pastar todos los días? — preguntó Roberto.

— Sí, señorito, — dijo don Pascual, que en aquel momento entró en el establo. — Van todos los días en verano, excepto cuando llueve mucho. Algunas vacas se resfrían con facilidad, y no deben salir cuando hay temporal.

— ¿Se alimentan las vacas con yerba solamente? — preguntó Roberto.

— ¡ Oh, no ! Las vacas necesitan una alimentación variada y beber agua en abundancia, — replicó don Pascual. — Mi ganado come tallos de maíz, zanahorias, y algunas veces salvado y harina de maíz.

— ¡ Qué alisado tienen el pelo ! — exclamó Roberto.

— Eso es porque Santiago les peina y les pasa el cepillo todos los días con el fin de mantenerles el pelo en buen estado.

— Parecen ser muy mansas, ¿ verdad ? — observó Roberto. — Vea usted, don Pascual, Mariposa no se asusta de mí.

— Eso se explica muy fácilmente. Estos animales no han recibido nunca un susto ni un golpe, — añadió don Pascual, — y son, naturalmente, mansos y cariñosos. Con frecuencia ocurre que las vacas padecen nostalgia cuando se les traslada á una hacienda extraña y tienen un amo nuevo, y entonces toman cariño á las personas que les den buen trato. Yo sé de un muchacho que procuró consolar á una vaca que había perdido su ternero. La pobre madre estaba muy triste y el muchacho hizo cuanto pudo por demostrarle lo mucho que él sentía su desgracia. Pronto se vió á la vaca seguir al muchacho por todas partes como lo hubiera hecho un perro ; cuando él se marchó de la hacienda, el animal se entristeció visiblemente y cuando regresó dió muestras de gran alegría.

— Dígame, don Pascual, ¿ es fácil ordeñar una vaca ? — interrogó Roberto. — A mí me parece muy sencillo.

Don Pascual se rió y dijo :

— No, hijo mío, no es tan fácil como parece. Santiago te enseñará á ordeñar si quieres aprender. Mis vacas no patean nunca, mas si alguna vez tienes que ordeñar una vaca que

tenga ese vicio, lo primero que debes hacer es tratarla con amabilidad. He oído decir que un paño mojado en agua fría puesto en el lomo de la vaca en el momento de ordeñarla, le hace estarse quieta, si no es posible conseguirlo de otro modo.

— Procuraré acordarme de eso, — repuso Roberto.

— Las vacas, lo mismo que la mayoría de los animales, son afables entre sí, — expuso don Pascual al ver el interés que Roberto se tomaba por las vacas y sus terneros. — Recuerdo un día, — añadió, — en que yo estaba trabajando en el patio del establo, que se aparecieron en la talanquera dos vacas errabundas que parecían andar buscando algo.

— Era un día caluroso, — prosiguió don Pascual, — y el viento levantaba grandes nubes de polvo. De pronto se me ocurrió que aquellos animales lo que buscaban era donde beber agua, y les abrí la talanquera. En cuanto vieron franqueada la entrada, se dirigieron, sin esperar á más, hacia el abrevadero que se hallaba junto al pozo, y bebieron con el ansia que lo hace el que tiene una sed abrasadora.

— Cuando saciaron la sed, — siguió diciendo don Pascual, continuaron su camino, pero ¡ cuál no sería mi sorpresa al verles regresar una hora más tarde, trayendo con ellas otras vacas! . . . Entonces averigüé quien era el amo de aquel ganado y le referí lo que había ocurrido, diciéndome él, en tono de reproche consigo mismo:

— Es vergonzoso que mis vacas tengan que ir á casa del vecino en busca de agua que beber. En lo sucesivo ya me cuidaré de que no les falte agua fresca en su propio pasto.



GALLINA Y SUS POLLUELOS

ROBERTO DA DE COMER Á LAS AVES DE CORRAL

En su camino de regreso hacia la casa, Roberto encontró á la esposa de don Pascual, que llevaba un gran plato de lata lleno de algo parecido á harina de maíz cocida. Al ver á Roberto, la señora le dijo:

—¿Quieres ayudarme á dar de comer á los pollos?

—Sí, señora; me gustaría mucho,—respondió Roberto con muestras de alegría. El muchacho siguió á la señora á un lugar detrás del establo, donde había varias casitas que tenían salida á pequeños patios cercados con tela metálica.

—¿Por qué tienen ustedes todas esas casitas además del gallinero?—preguntó Roberto.

—En esos patiecitos las gallinas pueden andar de un lado para otro y escarbar la tierra para que sus polluelos coman



las semillitas é insectos diminutos que ellas desentierran. Los antiguos gallineros no eran tan cómodos como éstos. También es mejor que los pollitos estén solos con su madre, pues ellos necesitan comer á menudo y no les gusta lo que comen los más grandes.

—¿Me deja usted darles la comida?—inquirió Roberto.

—Sí, hijo mío, ¿por qué no? Echa una cucharada en cada patiecito, porque es mejor darles poco cada vez para que no coman demasiado y también para que la comida no se quede en el suelo y al secarse se agrie.

—¿Qué es esto que les estoy dando?—preguntó Roberto al ver con qué presteza acudían los polluelos á disputarse la comida.—Parece que les gusta mucho.

—Eso es harina de maíz bien cocida,—contestó la señora,—pues si se les da cruda ó á medio cocer, puede hacerles daño.

—¡Qué divertido es verles comer!—exclamó Roberto.—¿Qué más comen los pollitos?—preguntó.

— Ellos comen muchas cosas. Lo primero que les dí á estos pollitos fué migajas de pan duro mojadas en agua caliente y una yema de huevo cocido, todo mezclado. Siempre les tengo una fuente con agua fresca en su patio.

— ¡ Qué casitas tan monas les han hecho ustedes !

— Sí ; son unas casitas muy buenas, pues dentro de ellas ni se mojan cuando llueve ni están en corriente de aire, porque es importante que las gallinas y los polluelos estén en lugar seco y abrigado ; así como también que sus casitas, patios y nidos estén muy limpios.

— Mi tío dice que el cuidar gallinas da demasiado que hacer, — observó el muchacho, — y él vendió las suyas porque no ponían muchos huevos.

— Es una equivocación creer que se pueden tener animales sin que den algún trabajo. Los caballos, las vacas, los perros, los gatos, los puercos y las gallinas, todos, todos necesitan que se les cuide con paciencia y previsión. Si han de estar sanos y contentos para que nos auxilien en nuestros trabajos, necesario es que les alimentemos bien y propiamente, que les tengamos limpios, que les demos diariamente para beber agua potable y que les proveamos de un lugar saludable y cómodo donde dormir.

— Si no estamos dispuestos á hacer todo esto, — continuó la señora de don Pascual, — no debemos tener animales que nos diviertan ó que nos ayuden. Es egoísta pensar que ellos hagan por nosotros todo lo que puedan, si nosotros no les damos á ellos ni aún lo que más necesitan para mantener la salud y la vida.

Mientras la esposa de don Pascual se expresaba de este modo, Roberto había terminado de dar de comer á los pollitos, se había sentado en la yerba frente á uno de los gallineros, y contemplaba una hermosa gallina blanca con diez pollitos que parecían motitas de algodón. Cuando la señora terminó sus instructivas observaciones, Roberto dijo entusiasmado:

—Esos pollitos son los más bonitos que yo he visto, y su madre parece estar orgullosa de tenerlos. ¿Quieren las gallinas siempre á sus hijitos?

—Casi siempre,—respondió la señora,—pero esa gallina blanca que tanto te llama la atención es muy particular. Si los polluelos que saca no son todos blancos, no los quiere. Esto lo descubrimos de la manera más extraña. En su última nidada, todos los pollitos eran blancos con la excepción de uno. Pues bien, ella no fué muy cariñosa con este pollito negro desde el momento en que salió del cascarón, y á medida que iba creciendo, más repugnancia mostraba por el pobre polluelo. Un día, Santiago vió á la gallina espantando al pollito negro cuando él, como los otros, iba á meterse debajo de las alas de su madre para dormir, pero Santiago creyó que al fin ella le dejaría ocupar su lugar en el regazo cuando los pollitos preferidos se hubiesen acomodado. Mas á la mañana siguiente cuando Santiago salió para dirigirse al corral á ordeñar las vacas, tuvo una triste sorpresa.

—¿Qué fué?—inquirió Roberto lleno de curiosidad.

—Espera y lo sabrás,—continuó la señora.—Cuando Santiago entró en el corral, le siguió un gato que se apareció aquí hace poco, y al cual él le da de almorzar en cuanto

ordeña. Pues bien, en compañía del gato estaba el pobre pollito á quien su madre había negado albergue la noche anterior.

—¡Qué raro parece eso! ¿Verdad?—exclamó Roberto, dando muestras de pesadumbre.

—Eso nos pareció á nosotros,—repuso la señora de don Pascual.—Después de este desagradable incidente, vimos con gusto que el gato y el pollito se habían hecho grandes amigos. Comían juntos, dormían juntos en el granero y parecían quererse mucho.

—¿Ha conocido usted algún otro gato que haya sido amigo de un pollo ó de una gallina?—preguntó Roberto con un tono de incertidumbre.

—Sí. Recuerdo que un gato abandonado por sus amos y que á causa de esto se había vuelto fiero é indómito, se hizo muy amigo de nuestras gallinas, y con frecuencia le veíamos comiendo con ellas en el patio del granero.

—No me explico cómo las gallinas no le tenían miedo.

—Parece que se compadecieron de él y nunca le repulsaron. Al principio, y por algún tiempo, el gato era tan arisco que no dejaba que se le acercase ninguna persona. Creo que el animal había sido maltratado. Después el gato comprendió que nada tenía que temer de nosotros y llegó á querernos. Le tuvimos hasta que se murió de viejo.

—Aquella gallina cenicienta que tiene once polluelos, parece muy cariñosa,—dijo Roberto, señalando hacia el lugar donde estaba el ave.

—Sí, es muy cariñosa y muy valiente también,—dijo la señora como orgullosa de su gallina.—El verano pasado y

en ocasión en que ella andaba por el patio con sus pollitos, entró un perro grande por la talanquera, que no estaba cerrada. La valiente gallina voló hacia el intruso, le cayó sobre el lomo y comenzó á darle tán fieros picotazos que al fin el perro echó á correr en dirección al camino, dando aullidos lastimeros y con la gallina prendida del lomo.

—¿Qué distancia recorrió la gallina sobre el perro?

—La gallina levantó el vuelo en cuanto estuvieron bastante lejos del patio, y volvió cacareando á donde estaban sus hijitos, pero con las plumas encrespadas y lo más orgullosa que puedes imaginarte. Ella se da mucho conmigo; ahora verás.

La esposa de don Pascual abrió la puerta de la casita donde estaba la gallina cenicienta y la llamó. El animal salió corriendo al mismo tiempo que llamaba á sus polluelos. Madre é hijos se subieron á las faldas de su ama en cuanto ésta se sentó en la yerba, junto á la casa.

Roberto se rió mucho al ver aquella escena, y dijo:

—¡Esto es lo más gracioso que he visto en mi vida!

—Nunca he tenido una gallina que hiciera otro tanto,— observó la señora,—aunque casi todas mis gallinas comen á menudo en mi mano.

—Pues yo creía que las gallinas eran demasiado torpes para tomar cariño á las personas,—añadió Roberto.

—Yo creo que es posible hacerse querer por cualquier animal que se tenga, si se sabe tratarle como se debe,—dijo sentenciosamente la esposa de don Pascual.



UNA FAMILIA FELIZ

DE CÓMO DEBEN CUIDARSE LAS GALLINAS

—¿Le da usted carne á las gallinas?—inquirió Roberto.

—No es necesario darles carne, porque ellas cogen insectos y cigarras. Yo les doy cáscaras de patatas, ó unas patatas pequeñas mezcladas con una harina especial. Para la comida lo mejor es darles granos de maíz, pero el almuerzo debe consistir de algo que no sea muy sólido.

—Es necesario que coman alimento que tenga cal en alguna cantidad para que puedan formar las cáscaras de los huevos,—prosiguió diciendo la señora;—yo les doy á mis

gallinas conchas de ostras calcinadas y molidas, y á veces conchas de almejas. Estas aves deben comer legumbres en todo el año, pues de otro modo se enferman fácilmente. Cuando están sueltas en el campo, comen cigarras y grillos y no hay que darles carne.

Después de una breve pausa, continuó la señora diciendo:

—Todas las aves necesitan que se les dé tierra arenosa al mismo tiempo que maíz. Es fácil comprar unas piedrecitas que se recogen con este objeto. Otra cosa que las aves han de tener es paja limpia para que hagan sus nidos; así como es importante poner tierra seca y yeso ó cal en el piso del gallinero, debajo de las pértigas del mismo. Conviene mucho también, regar un poco de azufre en polvo en los nidos, á fin de evitar que sean atacados por los insectos.

—A las gallinas les gusta la tierra seca para revolcarse, pues así es como se bañan,—continuó diciendo la señora. —¿Has visto alguna vez, Roberto, á una gallina revolcándose en la tierra y echándosela por encima? Pues las gallinas encuentran tanto placer en eso como tú puedes encontrarlo al darte un baño en el mar, y ten entendido que las aves necesitan su baño de tierra tanto como tú el de agua.

—Una cosa que siempre me ha parecido imposible, es que las gallinas sepan de un modo cierto cuales son sus hijos, y no se equivoquen con los polluelos de otra gallina,—expuso Roberto.

—¡Oh, no! Hasta los pollitos recién salidos del cascarón conocen el cacareo de su madre, y la madre distingue perfectamente la pïada de sus hijitos de las de aquellos que no lo son,—dijo la señora, y luego añadió:

— También llama la atención la manera que tiene el gallo de cuidar á las gallinas. Cuando él encuentra algo que es sabroso, llama con mucha solicitud á sus compañeras para que lo coman, y es frecuente ver que el gallo no mete pico en ningún manjar hasta que aquellas han satisfecho su apetito. Por supuesto, que hay también gallos glotones, así como hay muchachos que lo son, pero lo general es que el gallo atienda primero á que las gallinas se alimenten bien.

— ¿Es verdad que es malo llevar las aves con la cabeza colgando? — preguntó Roberto.

— Eso es cruel, hijo mío. Algunos campesinos lo hacen, quizás por ignorar el daño que causan á los inofensivos animalitos. Piensa lo que te sucedería á ti si te llevaran cabeza abajo. También es una crueldad amontonar las aves en esos cestos chatos que se usan para llevarlas al mercado. Son animales muy delicados, y deben tratarse con bondad. Si una persona no puede cuidar bien las aves de corral, es mucho mejor que desista de tenerlas.

ROBERTO HACE UNA VISITA Á LOS CERDOS

— ¿Puedo ayudar á usted en alguna cosa? — preguntó Roberto á Santiago después de haberle dado los buenos días, al encontrársele en el patio del granero.

— Voy á dar de comer á los cerdos, — contestó Santiago. — Si usted quiere, puede venir conmigo.

Esta invitación pareció no complacer mucho á Roberto, y viendo que esto le extrañó á Santiago, dijo á éste:

— No me gustan los cerdos, porque son muy sucios y están gruñendo siempre. Además, viven en un lugar repugnante debajo del establo.

Santiago dijo sonriéndose:

— Venga usted conmigo, Roberto, para que vea nuestros cerdos, pues es posible que después de verles no le repugnen tanto como ahora.

Santiago iba empujando una carretilla de mano, y se detuvo en el camino para llenarla de maíz, zanahorias y otras legumbres. En esta tarea le ayudó Roberto, y le hubiera gustado llevar él la carretilla, pero pesaba demasiado para sus fuerzas.

Hecha la provisión de comida, continuaron su camino, entrando poco después en otro campo, donde el muchacho vió una hilera de casitas. Cada una de éstas tenía un patio cercado de tablas que no eran lo bastante altas para impedir que Roberto viese por encima de ellas.

En el primer patio había una hermosa y grande puerca que tenía varios lechoncitos muy limpios. Estaban retozando alrededor de su madre y jugando tan graciosamente como podrían hacerlo unos cachorrillos. En el patio había espacio bastante para que los animales se revolvieran con desahogo.

Fué tanto lo que le gustaron á Roberto, que pidió á Santiago que le dejase darles de comer, á lo cual accedió el campesino, permitiendo que el muchacho echara una brazada de lo contenido en la carretilla, dentro del patiecito.

— Yo les dí de comer esta mañana, — dijo Santiago. — Siempre les doy su almuerzo antes de tomar yo el mío, lo cual hago muy temprano todos los días.

En el próximo patio Roberto vió un puerco grande que estaba acostado muy cómodamente, tomando el sol. Cuando Santiago le echó su ración, el animal dió un gruñido alegre como diciendo: Muchas gracias.

Roberto se rió al ver la buena vida que se estaba dando aquel cerdo. En todos los patios que nuestro amiguito



recorrió reinaba la limpieza, y los habitantes de aquellos corrales desmentían la fama de sucios atribuída á los cerdos. En cada corral había una artesa con agua fresca y otra artesa para la comida.

— Yo creía que todos los puercos eran sucios por naturaleza y que la limpieza no rezaba con ellos, — observó Roberto.

— Nada más inexacto, — replicó Santiago, — pues á los cerdos les gusta estar limpios y tener espacio donde correr. No es verdad que necesiten escarbar en la tierra y revolcarse en el fango, porque prefieren tener tierra limpia y lodo limpio á la inmundicia en que les tienen por lo general.

— Sí; hay muchas clases de lodo, — dijo Roberto con una seriedad que hizo reir á Santiago. Este continuó diciendo:

— A los puercos les gusta también que les dé el sol, y cuando usted me vea darles un baño, no volverá á decir que á ellos les gusta estar sucios. Aquí les bañamos y les pasamos una broza de cerdas fuertes, y yo creo que esto les gusta mucho por lo alegres que se ponen.

— ¿Comen los cerdos algo más que las sobras de la cocina? — preguntó Roberto.

— ¡Ya lo creo! — contestó Santiago. — Comen legumbres tales como calabaza, remolacha, papas, un poco de maíz y abundancia de heno, donde lo hay. No conviene darles mucho maíz, porque les engorda demasiado. En esas artesas pequeñas les tenemos siempre una mezcla de barro, sal, cenizas y carbón vegetal, con objeto de que los puercos puedan hacer uso de ella. Don Pascual no me permite que les dé ningún alimento que no esté fresco y en buenas condiciones, y si yo no cumplo con esta orden me expongo á que me despida el amo, pues así me lo advirtió cuando vine á servirle. Dice don Pascual que un corral de cerdos sucio es, además de un descrédito para el dueño de la finca, una amenaza para el vecindario.

— Tal parece que estos puercos le conocen á usted, Santiago. ¿Cree usted que sea así?

— Sí; me conocen muy bien. Para mí los puercos son tan inteligentes como cualquiera de los otros animales que cuido. ¿No sabe usted aquella antigua máxima: "Dichoso aquel que es tan sabio como un cerdo?" Yo creo que cuando estos animales dan muestras de estupidez, es debido á que reciben mal trato. Y esto se explica, pues si á un hombre le obligan á vivir en un hoyo húmedo y obscuro debajo de un establo, necesariamente ha de parecer torpe y estúpido algunas veces, ¿no es verdad, Roberto?

UN PASEO MATUTINO

Hacía una semana que Roberto se hallaba en la hacienda, cuando don Pascual le invitó á ir en coche al campo donde pastaban las ovejas. En el carruaje había una gran cesta, y don Pascual dijo al muchacho:

— Voy á llevarles un regalo á mis ovejas. Un día á la semana les doy zanahorias y nabos picados, porque sé que les gustan mucho.

La distancia que habían de recorrer era corta. Cuando don Pascual y Roberto pasaron la talanquera del campo donde estaban las ovejas, éstas fueron corriendo en alegre tropel al encuentro de su amo. Eran animales magníficos, bien criados y tan mansos que dejaban al muchacho que les acariciara la cabeza y les pasase la mano por sus sedosas narices.

El pasto estaba bien cercado; próximo á la cerca, debajo de un árbol corpulento, había cuatro caballos, tres de los cuales fueron con presteza á participar del banquete de

zanahorias y demás manjares que había llevado don Pascual, y también á registrar á éste los bolsillos en busca de terrones de azúcar. El otro caballo no se movió de donde estaba.

— ¿Son suyos estos caballos? — inquirió Roberto.

— Solamente uno es mío, — contestó don Pascual. — Los otros son de un amigo mío que tiene el buen sentido de dar á sus caballos algunos días de descanso en el verano y los envía aquí. ¿Has pensado alguna vez en el número de caballos que trabajan toda su vida sin que tengan un verdadero descanso?

— No, — contestó el muchacho meditabundo. — Nunca pensé en ello. Y la verdad es que no veo porqué los caballos no han de tener de vez en cuando algunos días de descanso.

— Parece cruel que no tengan la seguridad de poder descansar ni siquiera los domingos, — añadió don Pascual, — pues hay caballos que están tirando de un carro ó de un arado los días de trabajo y el domingo se les obliga á andar muchos kilómetros.

— Sí, es verdad. Por eso se ven con frecuencia caballos extenuados de cansancio tirando de carros llenos de gente que se dirige á la playa, — repuso Roberto.

— En realidad, los caballos deben descansar un día cada semana, — continuó diciendo don Pascual, — pues estos animales no son máquinas, y sufren las mismas inconveniencias que las personas, cuando tienen hambre ó sed y están cansados. Con frecuencia necesitan de los servicios de un dentista ó de un médico, exactamente lo mismo que nosotros.

Al mismo tiempo que hablaba, encaminábase don Pascual hacia el lugar ocupado por el caballo blanco, debajo del árbol. El animal se enderezó pesada y despaciosamente y restregó las narices en los hombros de don Pascual.

— ¡ Ay ! ¡ Qué caballo tan viejo y estropeado ! — dijo Roberto. — Este no es de usted, ¿ verdad que no ?

Don Pascual acarició al animal y le dió algunos terrones de azúcar. Después replicó á la pregunta del muchacho diciendo :

— Este caballo no es viejo, lo que está es extenuado á causa de excesivo trabajo y mal trato. ¿ No es verdad que no se parece á mis otros caballos ?

— ¡ Qué ha de parecerse ! — exclamó Roberto. — ¿ Cómo obtuvo usted este caballo ?

— Era de un hombre á quien yo conocía y que no consideraba necesario que los animales tuvieran comodidades. Este caballo que ves aquí medio muerto de hambre y de estropeo era un hermoso potro hace muy pocos años, pero su amo, como te he dicho, no se ocupaba de cuidarle ; él era hombre muy á la moda, así es que le hizo cortar el rabo al pobre Lucero, que así se llama este caballo, hizo que le esquilaran y le compró un bocado de freno.

— ¡ Qué cruel era ese hombre ! — dijo Roberto con disgusto.

— Hay muchos iguales á él, — continuó diciendo don Pascual. — No se dan cuenta de lo imposibilitado que está un caballo cuando le obligan á echar la cabeza hacia atrás con uno de esos bocados ó con esos engalladores que les ponen para que ande erguido, y sin poder espantar las moscas que tanto le mortifican por falta de rabo. Cortar el rabo á

los caballos es no sólo motivo de sufrimiento para el animal, sino que es, á la larga, causa de su desmejoramiento.

— Si yo fuera caballo y me hicieran esas cosas, me huiría á donde no pudieran cogerme, — dijo con energía el muchacho.

— Precisamente eso fué lo que hizo el pobre Lucero, — dijo don Pascual, — se huyó del lado de su cruel amo, pero le cogieron y entonces su amo le vendió á un panadero.

— Nuestro panadero es muy bueno con sus caballos. Espero que fué él quien le compró.

— No. El pobre Lucero desmejoraba de día en día, pues los muchachos que guiaban el carro del pan le fustigaban y mortificaban mucho. No se ocupaban de si el animal comía ó no, de si satisfacía la sed, ni de si descansaba un poco al medio día. Casi siempre se olvidaban de darle una friega al obscurecer, y muchas veces, después de haber trabajado rudamente todo un día, se pasaba la noche sin probar nada.

— ¡ Eso fué terrible! — prorrumpió Roberto con voz temblorosa por la indignación que le produjo oir aquello.

— Un día del mes de marzo último, — continuó don Pascual, — ví á este infeliz animal enganchado á un carro del que apenas podía tirar. Me pareció imposible que fuera el mismo caballo que yo había conocido pocos años antes. Para terminar mi cuento te diré que resolví comprar el caballo y me lo vendieron por una corta cantidad. Entonces le llevé á un establo que estaba allí cerca y le hice dar una buena friega y una buena ración. Pocos días más tarde le traje aquí, donde está contento y bien cuidado, si bien necesitará todo el verano para reponerse. Ya no podrá trabajar muy recio en lo que le resta de vida.

— ¿ Debe comer algo más que heno y yerba ? — inquirió Roberto.

— Si estuviese en servicio activo, debería comer bastante maíz ; es muy conveniente dar á todos los caballos salvado una vez á la semana cuando es posible obtenerlo.

— ¿ Cree usted que le saldrá otra vez el rabo ? — preguntó Roberto.

— No ; pero en su defecto yo le doy una untura que no le gusta á las moscas, y que es un ungüento que le pongo á todos mis caballos y vacas.

— ¿ Sabe usted lo que me gustaría poder hacer, don Pascual ?

— ¿ Qué ?

— Pues comprar todos los caballos estropeados que haya en el mundo, y traerlos aquí.

— Pero, muchacho, ¿ no ves que entonces necesitaría yo tener un potrero monstruo ? — exclamó don Pascual riéndose. — Mira, Roberto, mira las ovejas en el arroyo. Les gusta el agua corriente tanto como á las vacas y á los caballos.

— ¿ Cuesta mucho trabajo cuidar las ovejas ? — preguntó Roberto, á quien le iba interesando la vida campestre.

— Es necesario defenderlas de los perros jíbaros y procurarles lugar donde guarecerse cuando llueve. Por lo demás, dan muy poco que hacer.

— Procuraré recordar todas las buenas cosas que usted me ha enseñado, para cuando yo tenga una finca de campo, — dijo Roberto con ingenuidad.

LA ESCOPETA DE VIENTO



En el camino de regreso á la casa, don Pascual se fijó en un muchacho que estaba á un lado de la carretera con una escopeta de viento en las manos, y dijo á Roberto:

— Mira, ahí tienes á Francisco Cadalzo matando pájaros.

Don Pascual detuvo su caballo y dirigió al improvisado cazador la siguiente pregunta:

— Dime, Paco, ¿á qué le tiras?

— Estoy cazando golondrinas, don Pascual, — contestó Paco acercándose al carruaje. — Ayer maté cinco.

— Pues creo que no deberías matar á esos inofensivos y beneficiosos pajaritos, — replicó el campesino, — pues ellos se comen los cienpiés y otros insectos dañinos. Dícese que destruyen la oruga, la cual constituye una peste para los árboles y que ningún otro animal se atreve á atacar.

Paco se quedó pensativo por un instante y luego dijo:

— Todo eso está muy bien, don Pascual, pero un muchacho como yo necesita divertirse con su escopeta.

— Me parece que te divertirías más si tiraras al blanco en lugar de causar la muerte ó hacer sufrir á seres vivientes. Y sobre todo, una escopeta no es un buen juguete, amigo Paco. ¿Por qué no le pides á tu padre que te dé un anteojo para que estudies los pájaros en lugar de matarles? Es muy poco lo que en el día se sabe acerca de ellos. Vamos á ver si antes de que termine el verano vienes á decirme muchas cosas nuevas de los pájaros. Estoy siempre

ansioso por saber lo que pasa en sus nidos, pues creo que debe ser muy interesante.

Cuando don Pascual concluyó esta amistosa arenga, Paco le miró sonriéndose, y dijo:

— Convenido. Pero me temo que ha de costarme mucho trabajo encontrar algo que usted no sepa; no obstante haré la prueba.

Don Pascual se despidió de Paco, y él y Roberto continuaron su interrumpido viaje, guardando silencio por algunos minutos. Don Pascual fué el primero en reanudar la conversación, diciendo:

— Una cosa que no he podido nunca explicarme es porqué los muchachos han de estar siempre tratando de hacer blanco en algo. Cuando no tienen una escopeta de viento, hacen uso de piedras; el caso es tirar alguna cosa. Yo podría referirte, Roberto, algunas desgracias causadas por una piedra arrojada. Recuerdo de un muchacho á quien yo quería mucho, que murió á consecuencia de haberse caído de un caballo que se espantó por una piedra que le tiró otro muchacho.

Roberto escuchaba estas observaciones de su acompañante, con el sobresalto del pecador que oye referir su pecado, y cuando aquel guardó silencio, dijo con voz tímida:

— Yo no he tenido nunca una escopeta de viento, ni la quiero. Sí he tirado piedras, pero no volveré á hacerlo.

— Me alegro, hijo mío,—exclamó don Pascual.— Déjame decir una cosa que deseo no olvides: Nunca hagas á un ser viviente nada que á ti no te gustaría, si estuvieses en su lugar.

LOMBRICES Y CULEBRAS

Las pequeñas lombrices que se arrastran por el jardín ó que van de un lado á otro, minando la tierra suelta, parecen animales comunes é insignificantes, y sin embargo son de la mayor utilidad al hombre.

Si no existieran las lombrices, nos sería difícil vivir. A ellas se debe el que la yerba crezca para que sirva de pasto al ganado, y que la huerta produzca hortaliza para nuestro sustento.

Mucho antes de que á nadie se le ocurriera construir un arado, las lombrices hacían el beneficio de romper los grandes terrones en los campos de cultivo. Estos animalitos no tienen ojos, antenas ni patas, pero tienen en cada anillo de los que forman su cuerpo, cuatro pares de cerdas que les sirven para moverse.

Por los hoyos que las lombrices hacen en el terreno, pasa aire que seca la humedad y permite que las raíces de las plantas se conserven en buen estado.

Las lombrices prestan aún otro servicio. Convierten el terreno empobrecido en fertilísima tierra vegetal; y esto lo hacen tragándose tierra y hojas secas, que expelen más tarde.

La tierra, al salir del cuerpo de la lombriz, cae formando montoncitos que luego el viento y la lluvia esparcen por el campo. En una huerta se ven cientos de estos montoncitos; de este modo la superficie laborable se transforma constantemente.

De manera que campos completamente improductivos, gracias al trabajo de las lombrices, llegan á ser magníficos terrenos de labor.

No hay hortelano que pueda transformar la tierra virgen en tierra vegetal tan bien como lo hacen las lombrices.

Hay algunos animales que causan general repugnancia y cuya presencia se elude, porque no son agradables á la vista. Pero esto es, las más de las veces, predisposición contra ellos, pues un detenido estudio de los mismos revela bondades y bellezas que habían pasado inadvertidas. Existe una antipatía general, y hasta cierto punto absurda, en contra de las culebras y que es causa de un sufrimiento injustificado. El temor que se tiene á estos animales es tan común que para muchas personas, chicas y grandes, un paseo por el bosque no sólo deja de ser un placer sino que es considerado un gran peligro, por miedo á las culebras.

La mayoría de las culebras son inofensivas y prestan buen servicio á la humanidad, destruyendo insectos dañinos. En lugar de temblar de terror á la vista de una culebra, obsérvesela y estúdiesela con detención, y pronto se querrá saber porqué anda tan de prisa, qué come y donde vive. Por medio de esta observación se vendrá al conocimiento de que la culebra es en todo diferente á la lombriz. Pertenece á una familia distinta, pero es tan inocente é inofensiva como aquélla. Las culebras, como todos los reptiles, desean que su libertad no sea coartada, que las dejen arrastrarse sin impedimentos por entre la yerba, y si alguna se deslizase sobre el pie ó la mano de una persona, no hay que temer, porque no hará daño.

HORMIGAS, ABEJAS Y AVISPAS

Las hormigas, las abejas y las avispas pertenecen á la misma familia de insectos. La hormiga, comenzando por el más pequeño, es una prueba evidente de que el tamaño no tiene nada que ver con la inteligencia.

Estos animalitos, como dijo hace mucho tiempo el rey Salomón, son extremadamente sabios. Mucho podría escribirse sobre las cosas maravillosas que hacen las hormigas. Hay hormigas que son labradoras; siembran sus campos, los conservan limpios de zizaña y guardan cada año las simientes para la próxima cosecha. Las hormigas hacen caminos, construyen puentes, edifican curiosísimas casas con almacenes y galerías subterráneas. Si su cosecha se moja, aprovechan el primer día de sol para ponerla á secar y luego la llevan nuevamente á sus almacenes con muchísimo trabajo.

Otras hormigas son arquitectos y construyen casas complicadas que tienen más de cuarenta pisos. Estas casas las hacen con palitos y pedacitos de paja. Algunas hormigas son soldados, otras jardineras y otras famosas ingenieras. Las hormigas rojas convierten á las negras en sus esclavas y dependen en absoluto de la fidelidad é industria de sus sirvientes. Muchas hormigas utilizan como vacas los pequeños pulgones verdes que se encuentran en los rosales; estos pulgones se llenan de un jugo dulce que extraen de las hojas, y como á las hormigas les gusta lo dulce, han descubierto que

pueden proveerse de este jugo sabroso restregándose contra las vacas. Por esto las hormigas conservan un hato de reses gordas, y con frecuencia montan guardia alrededor de la rama ó de la planta donde sus vacas están pastando.

Las hormigas tienen un olfato muy sensible y una habilidad extraordinaria para darse á entender entre sí por el contacto de sus antenas. Y deben tener un gran número de señales, pues á veces sostienen una larga conversación.

No falta quienes se preguntan: ¿Cómo se ha podido averiguar todo lo que se sabe acerca de las hormigas? La respuesta es bien sencilla: Hombres sabios y observadores profundos han pasado muchos años estudiando la vida y costumbres de esos maravillosos insectos. Un naturalista suizo llamado Huber, que èra ciego, fué el que, con auxilio de su criado, hizo los mayores descubrimientos que con respecto á las hormigas se habían hecho hasta entonces. Este naturalista fué el que averiguó que las hormigas organizan guerras y esclavizan á otros insectos. Otro famoso observador en Inglaterra notó que las hormigas se conocían unas á otras y se daban la bienvenida, después de diez ó doce meses de separación.

Sería curioso saber lo que las hormigas piensan de nosotros, que en algunas cosas no somos más listos que ellas. ¡Qué torpes y faltos de habilidad nos deben considerar cuando descuidadamente pisamos y aplastamos millones de inocentes habitantes en sus ciudades subterráneas! La verdad es que debiéramos cuidar de no causar molestia á esos industriosos animalitos y dejarles vivir en paz en las curiosísimas casas que construyen.

Las abejas y las avispas son primas de las hormigas. Aquéllas tienen cuatro alas, de las cuales las dos de delante son las más largas. Al volar, estos insectos entrelazan las alas de cada lado á fin de formar una ala ancha y poderosa.

Todo el mundo sabe lo útiles que son las abejas para nosotros. Ellas almacenan miel en cantidad suficiente para que les permita alimentarse durante los meses de invierno, ó cuando las plantas no florecen, y á nosotros se nos antoja que esa miel es un manjar que debe hallarse entre las golosinas que adornan nuestra mesa. La cera que las abejas hacen para material con que construir sus viviendas, tiene más de una aplicación de gran utilidad en nuestras industrias. Pero aun las abejas hacen á la humanidad un servicio que es todavía más curioso é interesante. Mientras la abeja está libando miel en el seno de una flor de pétalos grandes, el polvillo amarillo ó polen se adiere al velloso cuerpo de la abeja y á sus patas, y cuando el insecto vuela á otra flor, parte de dicho polvillo cae en el lugar á propósito para que las simientes en aquella flor crezcan. De este modo, sin darse cuenta de ello, las abejas nos ayudan en el cultivo de nuestros jardines. Hay plantas que nunca darían fruto si las abejas no llevaran el polen de una flor á otra.

Después de las hormigas, las abejas son los insectos más inteligentes que se conocen. Las abejas fabrican casas de cera de bonitas formas y crían á sus pequeñuelos con mucha habilidad y especial cuidado. En todo colmenar hay siempre una reina, y ninguna real princesa es más atendida que lo son las princesas de las abejas. Estas comen diferente alimento que las otras abejitas, y las cunas reales son de la

mejor calidad. Si todas las princesitas mueren, en la cuna real se coloca una abeja común y se le alimenta con los manjares exquisitos destinados á las princesas, y con frecuencia ocurre que la princesa improvisada es tan buena reina como si hubiese nacido en paños reales.

Es muy raro que las abejas piquen cuando no se les molesta. Se asustan con mucha facilidad por cualquier movimiento brusco, y entonces procuran defenderse. Si una abeja se posa por casualidad en la mano ó en la cara de una persona, si ésta permanece inmóvil, el insecto continuará su vuelo sin hacer el menor daño. Como regla general, las abejas son dóciles é inofensivas.

Las avispas no han ganado la reputación de tener buen genio ni de ser trabajadoras. No han aprendido á almacenar miel ni á procurarse el bienestar como otros insectos. No se considera prudente tocar las avispas, pues es lo más fácil que se irriten y pierdan la conciencia de sus actos. Pero, no obstante, es de admirar en estos insectos su buena figura, su habilidad en la construcción de sus viviendas y su arrojo y valentía.

Las avispas prestan buen servicio en los campos de cultivo, destruyendo la oruga y otros gusanos dañinos á las plantas, obteniendo su recompensa por esta ayuda en la libertad que se les da para que coman las frutas demasiado maduras.

EL ALA DE LA MARIPOSA

Cuando en nuestro camino se atraviesa un gran gusano verde, hacemos un gesto de disgusto porque nuestra ignorancia no nos permite ver su real hermosura; mas cuando pasadas algunas semanas vemos una linda mariposa revoloteando en una tarde de verano, nos apresuramos á admirar á aquel verde gusano engalanado con sus nuevas y alegres vestiduras.

Las mariposas figuran entre los animales más bonitos y atractivos que existen. Las mariposas nocturnas sólo vuelan de noche. Para descansar se posan con las alas extendidas; estas mariposas no tienen prominencias en el extremo de sus antenas. Las otras buscan la luz del sol y doblan las alas al posarse para descansar; el extremo de sus antenas es grueso.

Algunas personas consideran inocente diversión coger mariposas, especialmente si después las dejan en libertad. Personas que han estudiado las mariposas aseguran que al cogerlas se les hace mucho daño. Las alas de estos insectos son curiosas. La superficie está formada por millones de suaves plumas diminutas, puestas capa sobre capa, al igual de las tejas con que se cubren los tejados. Cuando una persona coge una mariposa con manos calientes y nerviosas, estas plumitas se caen y no salen de nuevo. Esto es muy semejante á si á nosotros nos arrancaran los dientes ó el pelo. Si se pensara en el susto y dolor que experimentan las inofensivas mariposas, pronto dejaría de parecer inocente diversión el cogerlas.

LAS PACIENTES TEJEDORAS

Las arañas respiran con pulmones, lo mismo que nosotros; su cuerpo está formado de dos secciones y tienen ocho patas. Tienen seis ú ocho ojos en la parte superior de la cabeza.

Con material que extraen de su cuerpo, las arañas hilan una seda tan fina que apenas podemos distinguirla, y con la cual construyen una red tan simétrica que tal parece que disponen de una medida para graduar las distancias. En realidad, estos animalitos están provistos de un compás que en forma de garras tienen en el extremo de sus patas delanteras.

Uno de los animales más industriosos, limpios y pacientes del mundo es la araña. Para hacer uno de esos hilos de seda con que construyen sus redes, necesitan más de seiscientos hilillos, si bien pueden hilar hebras finas ó gordas, lisas ó ásperas, según sea el trabajo que hayan emprendido.

En una hora una araña puede hacer una red de más de medio metro de diámetro y de una resistencia sorprendente en proporción á su tamaño. Un alambre de acero del mismo espesor que una de esas hebras de seda de las arañas, tendría sólo dos tercios de la resistencia de ésta.

La araña es madre muy cariñosa, y antes de abandonar su cría prefiere morir con ella. Algunas arañas llevan sus hijos consigo hasta que ellos pueden valerse solos; otras aseguran sus nidos en los hoyos de las paredes. Estos animales nos hacen el bien de destruir las moscas y otros

insectos molestos; y no obstante decirse que las arañas son crueles, la verdad es que nunca martirizan á sus víctimas, pues les dan muerte instantánea por medio de un flúido venenoso que se crée amortigua el dolor.



Una vez en que el rey escocés, Roberto Bruce, se encontraba enfermo y descorazonado en un solitario bohío, se puso á observar los persistentes esfuerzos que hacía una araña para componer su red. Seis veces trató ésta de lanzar una hebra de seda de una viga á otra y seis veces fracasó en su intento.

— Seis veces me han derrotado en la guerra, — dijo Bruce, — y por eso compadezco á esa pobre araña.

Pero la araña no se desanimó por sus repetidos fracasos, sino que hizo un séptimo esfuerzo con el buen resultado de lograr lo que se proponía.

Bruce se puso en pie de un salto y exclamó, presa de nerviosa excitación:

— Probaré otra vez á obtener la victoria. — Y se marchó hacia el campo de batalla, donde venció.

Desde entonces, dice la historia, ningún miembro de la familia de Bruce hizo el menor daño á una araña.

SOLILOQUIO DE UN RATÓN

Los hombres me llaman ladrón y no sé si tienen fundamento para decirlo. Hubo un tiempo en que yo vivía en el campo donde abundaba el alimento para mi familia y para mí.

Un día se aparecieron allí varios hombres, cavaron en mis terrenos y sembraron semillas. Estos hombres destruyeron mi hogar y mataron á mis hijitos, diciendo que aquel campo y sus frutos eran suyos. Yo creía que me pertenecían á mí.

Ahora me veo obligado á vivir de lo que puedo encontrar cerca de la casa de esos hombres, y estoy seguro de que yo me como muchísimas cosas que á ellos no les importa conservar. Los hombres dicen que soy muy molesto, y por la noche ponen trampas para cogerme.

Recuerdo que una vez caí en una trampa, en la cual quedé cogido por una pata y donde estuve muchas horas sufriendo agonías indecibles por el dolor y el miedo. Desde entonces estoy cojo. Hay otra trampa que no hace daño al principio. Esta trampa tiene una puertecita que se abre con mucha facilidad para entrar en ella, y luego se encuentra usted en una casa de alambre de la que no es posible escapar. Allí se muere uno de hambre á no ser que alguna alma compasiva acabe con la vida del desdichado prisionero.

Si es que estamos condenados á que nos cojan en trampas, deseo que se ponga término á nuestros sufrimientos en seguida que tengamos la desgracia de caer en una de aquéllas.

LAS RATAS SABIAS

Las ratas son listas é inteligentes y muy útiles á su modo. En las grandes ciudades hacen el buen servicio de comerse las basuras que se depositan en la bahía y en la desembocadura de las cloacas, las cuales serían causa de enfermedades si no se hiciesen desaparecer.

Aunque la clase de trabajo que ejecutan las ratas les hace ir á los lugares inmundos, estos animales se conservan siempre limpios. Para lavarse usan la lengua y las patas, como los gatos, é invariablemente se dan un baño después de comer.

Las ratas son odiadas y perseguidas por los hombres, y no obstante, á menudo salvan nuestros hogares de más de una infección. Cuando las ratas acuden á un lugar, es prueba evidente de que allí hay trabajo para ellas, y si bien es verdad que estos animales fácilmente se convierten en una plaga, debemos tener presente que el descuido y desaseo les atrae.

La inteligencia de que dan muestra las ratas es notable. Se ha sabido de ratas que subían y bajaban escaleras conduciendo huevos en sus garras ; una empujaba los huevos y otras los recibían. Un día ocurrió que se puso una trampa, y una persona que se encargó de vigilarla, vió que una rata joven estaba á punto de entrar en la trampa, cuando otra más vieja corrió hacia su inexperta compañera, y la arrastró en dirección á la cueva. Es probable que luego le dijera que las trampas no deberían llamarle la atención en lo sucesivo.

Según rezan muchos cuentos, las ratas son valientes y afectuosas. En cierta ocasión en que se estaba limpiando de ratas un buque, se vió á una de éstas andando por un cabo, y que llevaba á cuestas á otra rata vieja y débil. A medio camino se encontró con un marinero amenazándole con un palo, y fácilmente pudo la rata haber huido para salvarse de aquel peligro, pero para esto habría tenido que abandonar á su compañera, y en lugar de correr, continuó su marcha, desafiando la muerte. Ante este acto de valentía, el marinero bajó el palo amenazador, permitiendo al bravo animal llegar á punto seguro, en medio de los aplausos de la tripulación, que supo apreciar aquel rasgo de afecto y desinterés.

Dícese que las ratas toman cariño á las personas que les tratan bien. Un sacerdote tenía una rata domesticada que acostumbraba á estar sobre el escritorio de su amo mientras éste escribía. Un día la rata metió el hocico dentro del tintero. El sacerdote fué en busca de un platillo con agua, y poniéndoselo delante á la rata, le dijo:

— Aquí tienes con qué lavarte la cara.

El animal, como si hubiera comprendido estas palabras, metió una pata en el agua y se restregó repetidas veces el hocico entintado hasta que quedó limpio y á satisfacción de su buen amo.

Aunque las ratas son valientes, inteligentes y útiles, no son lo más á propósito para animales domésticos. Limpieza y cuidado son suficientes para ahuyentarlas de las casas y despensas. Un buen gato es un excelente policía para las ratas. En nuestro afán de librarnos de las ratas, nada justifica el tratarlas cruelmente.

EL CUENTO DE DAVID

Un hombre llamado David se encontraba un día pescando á orillas de un río. Al otro lado de un recodo cercano se oía de vez en cuando salpicar el agua. David refunfuñó algunas palabras. De pronto sonaron varias voces, y el agua cesó de salpicar. En este momento apareció un muchacho por entre los matorrales.

— ¿ Qué hay, Samuel ? — dijo David, sorprendido.

— Que estoy indignado, — respondió Samuel en un tono que revelaba cólera. — Un muchacho me ha echado á perder toda mi diversión ; y ahora no tengo nada en que entretenerme.

— ¡ Qué lástima ! ¿ Cómo ha sido eso ? — preguntó David.

— Yo estaba tirando piedras á la rana más grande que he visto en mi vida, y ese muchacho vino y la espantó.

— ¿ Qué más ? — preguntó David con indiferencia.

— Me dijo que yo era un cobarde.

— ¡ Y lo eres efectivamente ! — exclamó David. — El cobarde más cobarde que yo he conocido.

Samuel se sentó en una roca á considerar el pobre concepto que parecía merecerle á David. Cuando más ensimismado se encontraba el muchacho, vió á David sacar un pez del agua y matarle dándole un golpe en la cabeza.

— ¿ Por qué le pegas á ese pescado ? — preguntó Samuel, que se alegraba de poder cambiar de conversación.

— Para evitar que sufra, — replicó David en tono áspero.

— ¡ Qué ! Los peces no sufren, — observó Samuel.

— ¡ Qué disparate ! — repuso David. — ¿ No le viste agitarse ? Sí. ¿ Por qué ? Porque sufre al hallarse fuera del agua. Lo he cogido para comérmelo, y lo menos que debo hacer es evitarle todo sufrimiento innecesario. ¿ Qué te dijo aquel muchacho acerca de las ranas ?

— Pues me dijo que las ranas servían para algo en el pantano.

— Efectivamente es así. Cuando crecen se comen las hierbas podridas y la basura, cosas que serían un peligro para nuestra salud si permaneciesen en el agua estancada. ¿ Qué más te dijo ?

— Me dijo que eran muy bonitas.

— Eso es verdad también, — dijo David. — Ese muchacho sabe mucho. Las ranas son además de bonitas, inofensivas. ¿ Has sabido de alguna rana que le haya hecho daño á nadie ? Pues no se puede decir lo mismo de los muchachos.

Samuel guardó silencio por un instante, y luego repuso :

— Las ranas no saben mucho.

David se volvió rápidamente y, mirando á Samuel cara á cara, le dijo :

— ¡ Esa sí que es buena ! ¿ Quién te ha dicho eso ? En primer lugar, si la ignorancia fuera una excusa para atormentar á un ser viviente, yo podría ahora martirizarte á ti por un rato ; pero afortunadamente no es así. A nadie se le ocurriría preguntarte lo que sabes antes de mostrarse bondadoso contigo. Te equivocas si crees que las ranas son estúpidas. Observa con qué perfección nadan y bucean. Yo

he estado aprendiendo á bucear como ellas todo el verano y todavía no sé. Las ranas nunca se tiran al agua sin poner las manos por delante, y nunca entierran la cabeza en el fango del fondo, como le ocurre á algunas personas. Yo enseñé á una rana á que viniera á comer en mi mano; y te aseguro que esto era en el animalito un acto de valentía tanto como de confianza, pues ella sabía tan bien como tú, lo que le hubieran hecho algunos muchachos de mal corazón.

Samuel bajó la cabeza lleno de vergüenza.

—Pero aun hay más,— continuó David.—Cuando tengas que matar á algún animal, hazlo lo más pronto que puedas; no le dejes sufrir ni un instante. No hay nada que justifique la mitad de lo que se sufre en este mundo.

Samuel se quedó pensativo después de las últimas palabras de David, y pasado un rato dijo á éste:

—¿Quieres llevarme á pescar esta tarde?

—No, no quiero,— contestó David enfáticamente.—Yo no voy á pescar para divertirme, y ya he cogido todo lo que necesito por ahora.

—Entonces ¿podré ir á nadar contigo?—insistió Samuel.

—Eso sí,— respondió David en tono cordial.—Veremos si podemos nadar mejor que las ranas, aunque no lo creo; pero de todos modos trataremos.

—Bueno, entonces hasta luego,— dijo Samuel, levantándose y emprendiendo la marcha hacia su casa. No habría el muchacho andado cinco metros, cuando se detuvo y, volviéndose hacia donde estaba David, le gritó:—Oye, David, nunca más volveré á tirar piedras á las ranas,—y continuó su camino.

ALGUNOS DE NUESTROS AUXILIARES

Ocurre á menudo que no sabemos apreciar á algunos de nuestros mejores amigos en el reino animal. Sabemos tan poco acerca de ellos que nos los figuramos por completo inútiles y faltos de interés. Pero no es así. Las ranas, y especialmente los sapos, son objeto de repugnancia general, y sin embargo sus vidas nos son de gran utilidad y tienen cosas interesantes.

El sapo y la rana se parecen un tanto; uno y otra nacen de huevos puestos en el agua; ambos comienzan la vida siendo renacuajos nadadores.

Los sapos en el estado de renacuajos tienen el cuerpo lleno de pintitas parecidas á polvo dorado, y la rana, en el mismo estado, es completamente obscura.

El renacuajo pasa las primeras semanas de su vida en una zanja ó en un pantano. Allí se alimenta de hierbas acuáticas y hojas secas. Más tarde su alimento consiste de insectos y gusanitos que abundan en las aguas estancadas.

Mientras están en el agua, los sapitos se parecen mucho á los peces, pues tienen la cabeza grande y la cola larga. Respiran por medio de dos branquias semejantes á plumas, que se llaman agallas, y que están á ambos lados de la cabeza.

Los sapos se transforman completamente antes de abandonar el elemento líquido para vivir en la tierra. Mientras viven en el agua no tienen patas, pero cuando crecen lo

suficiente, les salen cuatro de éstas. Pierden las agallas y entonces respiran por la garganta. Puede decirse que después de esta transformación, el sapo comienza una nueva vida.

En la primavera, los sapos regresan á las orillas de los ríos ó á los pantanos. Ocurre que á la hembra no se le olvida que ha de poner sus huevos en el agua, no obstante preferir ella vivir en la tierra.

Las ranas deben vivir cerca del agua, pues se morirían sino mantuviesen su piel húmeda y fría. Pero no obstante, no pueden vivir mucho tiempo en el líquido, y por esto frecuentemente se ven ranas ahogadas. Los muchachos de buen corazón deben recordar esto, para que se apresuren á prestar auxilio á cualquier pobre rana que encuentren á orillas de los pantanos donde nadan, imposibilitadas de salir á tierra por lo empinado de aquéllas.

Los sapos jóvenes sienten mucho el calor, y durante el día se ocultan en lugares frescos. Un aguacero de verano les hace salir de sus escondites por docenas, así es que mucha gente ignorante cree, al verles, que "ha llovido sapos." El sapo macho lleva debajo de la piel gran número de saquitos llenos de líquido, y esto le permite conservarse fresco y cómodo por mucho polvo que haya en el lugar donde vive. Cuando se le amenaza, se defiende expeliendo este líquido, el cual no hace daño si cae en las manos, pero que debe ser amargo y desagradable al paladar, dado que los perros y los gatos dan muestras de disgusto cuando muerden un sapo. Después de haber tenido en las manos uno de estos animales, es preciso lavárselas muy bien, pues el líquido referido causa

una fuerte irritación en los ojos y hay que evitar que llegue á ellos.

Una de las cosas más curiosas en un sapo es la lengua. La tiene muy larga, con la punta retorcida hacia dentro. Con ella coge una mosca ó un escarabajo, sacándola tan rápidamente que es casi imposible ver la acción.

Los sapos no solamente son inofensivos, sino que son muy buenos amigos nuestros. Si no se les molesta, viven por largo tiempo en un mismo lugar, y destruyen muchos insectos y bichos que son perjudiciales á las plantas en los jardines y las huertas.

Los sapos se comen las moscas domésticas que tanto nos fastidian. Se ha visto á un sapo coger ochenta y seis moscas en menos de diez minutos.

Algunas personas han tenido sapos como animales domésticos, y se ha visto que éstos no carecen de inteligencia. Un sapo que vivía en una huerta, acostumbraba á ir todos los días á la casa, á la hora de comer, en busca de su ración. Ocurrió que un día se cambió la hora de la comida y cuando llegó el sapo ya no quedaba nada que darle. Pero el animal hizo el propósito de no perder su comida por segunda vez, y al día siguiente se presentó en la casa á la nueva hora de comer, siendo de admirar su puntualidad en lo sucesivo. Nadie pudo averiguar cómo aquel animal supo que la hora de la comida se había variado.

Los sapos son frecuentemente víctimas de impremeditada crueldad. Son animales que no pueden hacer daño á nadie, y son casi indefensos, pues ni aun pueden correr para ponerse en salvo cuando se les apedrea ó atormenta de algún modo.

La diversión que se encuentra en mortificar á un sapo es poco más ó menos igual á la que se encontraría golpeando á un niño ó á un inválido. Solamente un cobarde encontraría placer en hacer esto.

Quizás no haya animal que sea tan poco conocido como el murciélago. Parece ser una extraña mezcla de ratón y pájaro, y á la mayoría de las gentes se les figura tan raro que no le tienen ninguna inclinación, más bien les inspira repugnancia.

Por supuesto, que todos sabemos que no es un pájaro, pues éstos tienen plumas, y el murciélago está cubierto con una piel lisa y sedosa. Este animal es completamente inofensivo, á menos que se le persiga ó se le lastime, y es en extremo útil. Destruye los mosquitos y las moscas, así como los insectos que dañan algunas frutas.

Los murciélagos vuelan solamente por la noche. Pronto toman cariño á la persona que les trata bien, llegando hasta aproximársele para que les dé de comer ó les acaricie. Un observador que ha estudiado la vida y costumbres de estos animales, dice que hacen mucho bien, y que el valor de uno de ellos podría ascender fácilmente á cincuenta pesos por año.

¿ No es injusto mostrar repugnancia por seres vivientes sólo porque su aspecto no sea hermoso y atractivo á primera vista ? Puede ser que nuestros ojos no sean lo bastante claros para ver la real belleza de los animales. Pero puédase ó no ver esa belleza, no es más que justo que se les agradezcan los servicios que estamos prontos á recibir de ellos.

NUESTROS AMIGOS LOS PÁJAROS

Pocos amigos hay que sean mejores que los pájaros. Estos se pasan la vida trabajando para nosotros. Sin su auxilio, las cosechas de nuestros campos serían destruidas por millares de insectos y por los ratones, y pronto dejarían de producirse vegetales, y la tierra se haría inhabitable.



Los pájaros hacen todo ese beneficio sin que se les pida. Si les tratamos bien y procuramos hacernos amigos de ellos, veremos que además de la protección que dispensan á nuestros campos de cultivo y á nuestros jardines, también pueden proporcionarnos mucho placer.

Los pájaros son los animales más lindos que existen. Su plumaje es pintoresco y agradable á la vista. Sus movimientos son tan llenos de gracia, que hay verdadero deleite en observarlos. Su canto es tan dulce y suave, que el oirlo constituye el recreo predilecto de los que tienen afición al campo y los bosques.

Es realmente interesante estudiar las costumbres de los pájaros. Viajan largas distancias y regresan al mismo lugar y en la misma época todos los años. Construyen las casas más curiosas y cuidan con delicado esmero á sus hijitos.

Si queremos tener algunos de estos preciosos animales alrededor de nuestro hogar, necesario es que les hagamos comprender que no intentamos hacerles daño, y entonces ellos irán á posarse en nuestras ventanas para alegrarnos con sus cánticos y divertirnos con sus gracias.

Es triste tener que decir que los pájaros han aprendido á temer al hombre, porque éste les mata y les caza, ó les roba sus nidos ó sus tiernos y amados pequeñuelos. Este no es el modo de portarse con los amigos, ¿no es verdad?

Algunos viajeros cuentan que cuando han desembarcado en islas inhabitadas por hombres, los pájaros eran tan mansos que iban á posarse en sus hombros y hubieran podido cogerlos fácilmente.

Los pájaros descubren muy pronto cuando el hombre es su enemigo, y entonces se vuelven recelosos y salvajes; pero siempre están dispuestos á ser nuestros amigos otra vez. Si les pudiéramos hacer comprender que cuando se acercan á nosotros nada desagradable les ha de pasar, pronto darían muestra de su confianza en nuestra buena intención.

Los patos de flojel hacen sus nidos y ponen sus huevos en las cabañas de los islandeses, porque saben que nadie les ha de hacer el menor daño. En la época de anidar pueden verse los patos por las calles de los pueblos de Islandia, andando sin el menor recelo, y son tan mansos, que cualquiera creería que eran aves domésticas, no siéndolo.

En Europa las cigüeñas hacen sus nidos en el techo de las casas. Los campesinos les reciben como amigos cuando en la primavera regresan aquéllas de su viaje de invierno. Aquellos hombres se alegran de tener cerca á estos animales,

y se cuidan de colocar en el techo de sus viviendas una rueda de carro vieja, que sirva de cimiento al nido de la cigüeña, que lo hace con palitos.

Por toda la parte sur de los Estados Unidos rige una ley que prohibe dar muerte á las auras y á los buitres. Estas aves de rapiña son extremadamente útiles en las poblaciones. Son los basureros públicos, pues se comen los animales muertos, que á veces permanecen varios días en las calles, y otras cosas que se arrojan á la basura que serían causa de muchas enfermedades si no se hiciesen desaparecer. Estas aves de rapiña saben que nadie les ha de molestar en su repugnante pero necesaria tarea, y andan por la población como si fueran mansas gallinas.

Por lo expuesto se viene á la conclusión de que las aves todas se mostrarán confiadas de nosotros, tan pronto como comprendan que no tienen nada que temer por nuestra parte; cuando vean que somos sus amigos y protectores. La persona que desee tener la vecindad de los pájaros, procure colocar cajitas en lugares convenientes para que ellos hagan sus nidos, ó haga agujeros en las ramas de los árboles que se hayan ahuecado, que de ambos modos se atraerá á los alegres y armoniosos cantores.



VIAJEROS PLUMÍFEROS

ALGUNOS pájaros viajan largas distancias. Pasan el verano en las regiones árticas, por ejemplo, y en el otoño van á la Patagonia á pasar el invierno. ¿No es maravilloso cómo estos pájaros pueden hacer tan largo viaje sin el auxilio de una brújula ó de un mapa que les sirva de guía?

Por lo general, ellos van siguiendo el curso de los ríos ó las líneas de la costa, pero de todos modos han de atravesar grandes trechos de agua en los que no ven tierra. No obstante, encuentran su ruta en sus viajes de ida y vuelta á los mismos lugares todos los años, sin grandes dificultades. Se dan casos de que usen el mismo nido que construyeron el año anterior, demostrando esto la exactitud con que localizan su punto de parada.

Las aves de gran tamaño y las que pueden volar con mucha velocidad, como las golondrinas, por ejemplo, no temen emprender sus viajes de día; pero las pequeñas, que

viven en los árboles y arbustos, esperan á la noche para levantar el vuelo. No le temen á la obscuridad; al contrario, la buscan como resguardo contra sus enemigos. Así es que cuando el sol se pone y la noche extiende su negro manto sobre la tierra, estas avecillas se alistan para comenzar su viaje.

Los patos, así como todas las aves grandes, vuelan con mucha velocidad. Se cree que pueden recorrer unos ciento sesenta kilómetros en una hora. Las aves pequeñas sólo vuelan con la mitad de esta velocidad.

La mayoría de las aves que hacen sus viajes de noche, se remontan mucho, á veces á cuatro ó cinco kilómetros de altura. Una persona que haya escalado hasta la cúspide de una montaña ó haya subido á la azotea de un edificio alto ó á una torre elevada, sabe que desde una altura grande se puede ver mayor distancia que desde el suelo. Por esto las aves se remontan á considerable altura, para abarcar con la vista mayor extensión de terreno. Por la noche ven las reverberaciones del agua á la luz que despiden las estrellas, y esto les auxilia para orientarse.

Cuando hay neblina ó llueve, les es muy difícil ver su camino, y entonces sufren bastante los plumíferos viajeros, y algunos perecen en el mar á consecuencia de haberse alejado demasiado de la costa. No pueden volar cuando se les mojan mucho las plumas, y en este caso han de buscar refugio en los árboles.

Algunas veces, cuando la neblina es espesa y la atmósfera está muy húmeda, las aves dirigen su vuelo á los faros que encuentran en las costas, pues parece que les atrae la luz lo

mismo que á las mariposas. Se lanzan contra los cristales de la farola, golpeándolos terriblemente, y muchas se matan de este modo. Se han dado casos de que aves corpulentas han roto estos cristales y penetrado en el lugar donde estaba la luz, lo que obligó á los torreros á poner una red de alambre alrededor de la farola para protegerla de ataques semejantes.

En sus viajes nocturnos las aves acostumbran á llamarse unas á otras, á fin de no desbandarse y perderse.

Cuando renace la luz del día, las aves viajeras descienden á la tierra. ¿Se creerá que están cansadas después de haber estado volando toda la noche? Pues no parecen estarlo. Para lo que bajan es para buscar algo que comer, pues tan pronto como se posan en la tierra, comienzan á picar aquí y allá.

Después de almorzar, duermen algunas horas, y al mediodía se levantan para procurarse una buena comida que les prepare para el viaje de por la noche.



UN CUENTO INDIO

La hija del jefe de una tribu india, que vivió en la América del Norte, ha referido el interesante cuento que sigue:

"Un día me encontraba yo jugando cerca del lugar en que trabajaba mi padre, cuando se apareció un muchacho indio, que era mi compañero de juegos, y me puso en las manos un pajarito que se había encontrado en el campo.

"Me alegré mucho del regalo, é inmediatamente le puse á mi pajarito comida y agua. Después de haber jugado un rato con la avecilla, mi padre me llamó y me dijo:

"— Hija mía, trae acá ese pájaro.

"Cuando se lo llevé, él le cogió y le acarició las plumas por algunos instantes; después me dijo:

"— Oye, hija mía; voy á decirte lo que debes hacer con este pájaro. Cógele con suavidad y llévale más allá de donde están nuestras tiendas, á donde hay yerba alta. Una vez

que hayas llegado, pon el pájaro en el suelo, diciendo al mismo tiempo estas palabras: 'Dios bondadoso, aquí te devuelvo tu pajarito. Ten piedad de mí como yo la tengo de tu pájaro.'

"Al oir esto, pregunté á mi padre:

"—¿Pertenece este pájaro á Dios?

"Y él me respondió:

"—Sí, y Él se alegrará mucho de que tú no le hagas daño y de que se lo devuelvas para Él cuidarle.

"Yo estaba muy impresionada con lo que me había dicho papá, y sin detenerme, cogí el pajarito y me encaminé á cunplir sus direcciones, repitiendo fielmente la oración que él me encargó que dijese."

LAS CASAS DE LOS PÁJAROS

Casi todos los pájaros tienen un oficio. Los hay carpinteros, albañiles, tejedores, sastres, cesteros, etc. Sólo cuando los pájaros construyen sus casas, hacen uso de sus respectivos oficios.

Frecuentemente se verá al carpintero golpeando con su pico, que parece un escoplo, en un árbol seco, con objeto de hacer su nido. El ruido que hacen sus golpes puede oirse á una larga distancia en el bosque, y se ve como saltan las astillas á los poderosos golpes de su afilado pico.



La golondrina es un perfecto albañil. Acude á los lodazales de los caminos y coge pedacitos de lodo para construir con ellos su nido. Cuando este lodo se seca toma consistencia y hace una casa sólida.

El mayito ó solibio cose. Es muy curioso ver al macho y á la hembra construir su nido, que tiene forma de bolsa, en una hoja de palma. Uno de los dos se posa en la parte superior de la hoja y el otro se agarra de la parte inferior. El que está arriba pasa su afilado pico á través de la hoja, introduciendo por el agujero una delgada fibra de palma. El que está abajo tira de la fibra y la hace pasar por otro agujero que abre con su pico. Realmente, lo que hacen estos

pájaros es coser. Cuando el nido está terminado se mece en el espacio como si fuera una hamaca, y está fuera del alcance de los enemigos.

El zunzún es tapicero y decorador. El y su nítida esposa construyen los más delicados niditos que es posible imaginarse. Usan un pelillo vegetal que cogen de algunas plantas y que cubren luego con liquen gris ó verde. Por lo



BIENTEVEO Y SU NIDO

general hacen su nido en la rama de un árbol grande. Por tener la apariencia de un nudo, es muy difícil descubrir el nido del zunzún.

Un pájaro llamado bobito hace su nido en una rama hueca, y aunque parece no importarle mucho la apariencia de su casa, tiene no obstante un gusto peculiar para decorarla, pues debe creer que no hay nido completo sin un pedacito de piel de culebra. Nadie ha podido explicarse porqué el bobito quiere tener semejante adorno en su

vivienda. Algunos naturalistas creen que usan ese pedazo de piel de culebra como espantajo para ahuyentar al enemigo. Pero es probable que si se le preguntara al mismo pájaro, no podría dar una razón para ello.

Los pájaros construyen sus nidos iguales á los que construyeron sus padres, sin meterse á averiguar porqué los hicieron de un modo ó de otro.

Hay pájaros que no hacen nidos. La gaviota, por ejemplo, pone sus huevos en la arena de las playas; el guabairo saca su cría sobre las hojas secas del bosque.

El bienteveo hace un nido muy bonito, en forma de taza, que cuelga de una horqueta de mimbre. La madre es tan valiente que cuando está echada en el nido, es casi imposible hacer que lo abandone.

Los muchachos ignorantes ó de mal corazón, roban á los pájaros sus nidos y sus huevos. Algunos, seguramente, lo hacen sin intención de dañar; mas si aprendieran á apreciar lo interesante que es el ver á los pájaros construir sus nidos y dar vida á sus hijos, seguramente no volverían á destruirlos. Si se desea tener un nido para examinarlo y mostrarlo á los amigos, espérese á los meses de otoño, en que los pájaros los abandonan, para entonces cogerlos y conservarlos como una curiosidad.

MODO DE CUIDAR LOS CANARIOS

Los canarios son oriundos de las islas Canarias, de aquí su nombre. Estas islas tienen un clima templado y en ellas resplandece alegremente el sol; están situadas á corta distancia de la costa oeste de Africa. Antes de la aparición de los cazadores de pájaros, los canarios debieron haber vivido muy felices.

Estos pajaritos fueron cogidos con trampas y enviados por toda Europa. Los primeros canarios que se trajeron á América vinieron de Alemania, en el año 1842. Fué aquel un largo viaje en un buque de vela, y muchos de los pobres prisioneros perecieron en el trayecto.

A los canarios se les pone en jaulas de mimbre, tan pequeñas, que el animal apenas puede extender sus alas. Estas jaulitas se empaquetan en huacales ó jaulas muy grandes de madera, y cada huacal contiene ciento sesenta y ocho canarios.

Los pájaros permanecen en estas jaulitas hasta que encuentran un comprador. En cada una de estas jaulitas se ponen dos tazas pequeñas, una para agua y otra para alpiste, que es el alimento predilecto del canario. Algunas veces cuando se traslada al pájaro á otra jaula más grande el animal se desconcierta y no sabe donde buscar su comida. Se sabe de algunos canarios que han perecido de hambre, á consecuencia de la imposibilidad que han tenido de encontrar el

vasito con el alpiste, por razón de que en la nueva jaula ese vasito estaba en el exterior.

Es importante para los que prefieren tener canarios prisioneros en cárceles de mimbre ó de alambre, cuidar de que todos los días se limpie la jaula perfectamente y se mude el agua y la comida. Estos pájaros acostumbran á darse un baño diariamente en un plato con agua tibia. Después del baño debería dejárseles en libertad por una ó dos horas. Es inhumano tenerlos siempre encerrados en una jaula.

Después de que un canario ha tenido su rato de libertad por la mañana, no se le debe obligar por medios violentos á que entre de nuevo en la jaula, pues el animalito regresará voluntariamente á su prisión tan pronto como le pique el hambre, y mucho más si ve en la jaula algo que le guste comer. Después de algún tiempo, el pájaro aprende á volar hacia su amo y posarse en un dedo que se le extienda, así como á responder con notas dulcísimas de su privilegiada garganta á las frases de cariño de las personas que ama.

El canario es uno de los animales más sensibles que hay en el mundo. Le asusta cualquier ruido estrepitoso y repentino, y un gran susto puede causarle la muerte.

A los canarios les gusta mucho el sol y temen al frío, mas no se les debe dejar al sol cuando haga calor. Nunca debe colgarse la jaula de un canario en lugar donde haya corriente de aire ni donde esté obscuro ; deberá estar á metro y medio del suelo.

Una vez al mes deberá lavarse bien la jaula, y meterse las perchas en agua hirviendo, si se quiere que el pájaro tenga una casa sana. El fondo de la jaula y las perchas habrán

de limpiarse todos los días; debiéndose echar arena gorda sobre el papel que cubre el fondo. Por la noche, la jaula ha de colocarse en una habitación en que no haya luz, ó si esto no es posible, cubrirla con un paño de color obscuro, de modo que no impida la buena ventilación.

El baño que comúnmente se usa para el canario es demasiado pequeño, y su tamaño debería ser lo suficiente para permitir que el pájaro quepa dentro del mismo con las alas extendidas y que así pueda echarse el agua por el lomo. Uno de esos platillos de barro que se usan para poner macetas responde perfectamente al objeto, mas como este platillo resultaría muy grande para meterlo por la puertecilla de la jaula, la dificultad se obvia poniendo el plato sobre un paño ó papel en varias dobleces y cubriéndolo con la parte superior de la jaula. Mientras el canario se está bañando, puede limpiarse el fondo de la jaula.

Es bueno dar á los canarios migas de pan, galleta fresca, un pedazo de la yema de un huevo cocido y una hoja de lechuga ó de col, pues es necesario que tengan alguna legumbre todos los días. Esto aparte del alpiste y otras semillas propias para pájaros. De vez en cuando se les puede dar cañamones, en poca cantidad y como un manjar raro.

Si el alpiste ó las otras semillas no son buenas, el canario las esparcerá por la jaula y se negará á comerlas, pues sólo le gusta la semilla grande y limpia. Lo mejor es comprar cada clase de semilla separadamente y mezclarlas luego en casa. Los cañamones son tan nutritivos que no conviene darle á un pájaro más de media cucharadita cada vez, no

debiendo mezclarse con las otras semillas, sino esparcirlos por el fondo de la jaula.

Para evitar que los mosquitos mortifiquen á los canarios, basta cubrir la jaula con un saco hecho de gasa ú otra tela semejante. Cuando tenemos uno ó varios de estos lindos pájaros prisioneros y dependiendo de nuestro cuidado, estamos en el deber de procurarles bienestar y alegría. Ninguna persona verdaderamente amante de los pájaros desea verlos encerrados en jaulas, y si no hubiera quien comprase un canario, cesaría la caza de éstos, y el cruel negocio que con ellos se hace acabaría por extinguirse. ¿Por qué no se piensa en lo mejor que sería no tener pájaros enjaulados y dejarles que disfruten de la vida libre que Dios les dió á ellos como se la dió á los hombres?

EL TOMEGUÍN

HAY pájaros tan tímidos y cautelosos que se pasan la vida sin salir de la espesura, pero otros no temen tanto al hombre. Algunos pájaros, como las golondrinas, escogen como lugar para hacer sus nidos las cornisas de las iglesias, y vuelan por la ciudad en busca de alimento que llevar á sus pequeñuelos.

No hay pájaro que sea tan popularmente conocido como el diminuto tomeguín del pinar. Aunque es verdad que frecuenta mucho los cañaverales y las sabanas, también es cierto que se pasa la mayor parte del tiempo en los campos de cultivo y en las cercanías de las casas, dándose casos de que llegue á la misma puerta de las viviendas en busca de comida.

El tomeguín del pinar no es un ave de paso, como la golondrina, pues ésta desaparece al llegar el otoño y aquél permanece todo el año entre nosotros. El tomeguín del pinar tiene un primo, que es el tomeguín de la tierra. El primero se distingue por una mancha amarilla de color subido que tiene sobre cada ojo y también por su lindo cuello amarillo.

Pocos pájaros aman á su compañera tanto como el tomeguín del pinar. El macho y la hembra andan siempre juntos; y si se ve á uno de ellos picando en la tierra, de seguro que el otro no estará muy lejos. Sus primos, los tomeguines de la tierra, generalmente forman grandes bandadas después

de terminarse la época de la cría, pero no sucede así con los tomeguines del pinar, los cuales nunca abandonan á su pareja.

En el verano el par busca la rama de algún arbolito ó de un matorral y allí hacen su nido con hierbas secas, raíces delgadas, pelos, plumas y otros materiales semejantes, poniéndole un forro interior de algo que sea blando. El nido parece grande comparado con el tamaño de sus habitantes, y á diferencia de los demás, la entrada la tienen en un lado en lugar de estar en la parte superior.

La hembra, cuyo plumaje no es tan vistoso como el del macho, pone dos ó tres huevos en el nido. Los huevos tienen un color blancuzco verdegrís, con numerosas manchas especialmente en el extremo más ancho. Cuando la hembra está echada, el macho suele permanecer por los alrededores del nido, entonando su melodioso canto, el cual, aunque corto, es muy dulce.

Cuando los tomeguincitos salen del cascarón y aprenden á volar, sus padres les enseñan á comer semillas de las hierbas, las cuales ellos parten con su corto y duro pico para mejor tragarlas. Tanto á los tomeguines del pinar como á los tomeguines de la tierra, les gusta visitar la casa de purga en los ingenios, donde comen algunos granitos de azúcar, pero nunca hacen el menor daño.

Hay personas que se regocijan teniendo tomeguines en jaulas para recrearse en la contemplación de su plumaje y oirles cantar; pero parece más propio y más interesante ver á las cariñosas avecillas volar alegremente por los cañaverales, pues los pájaros aman su libertad tanto como nosotros.

UN BUEN TIRADOR

HUBO una vez un muchacho cuya vista era tan clara, y quien tenía un pulso tan firme que pronto se hizo un buen tirador. Si tiraba una piedra ó disparaba á algo con su escopeta de viento, de seguro hacía blanco. Se le estimaba mucho por esta habilidad y como para él era un placer aquel ejercicio, se le buscaba para verle hacer buenos tiros.

Cerca de la casa de este muchacho vivía una pájara, en cuyo nido había entonces cinco pajaritos. Procurar alimento para tantas bocas siempre abiertas pidiendo, era tarea bastante para que la madre estuviera muy ocupada. Desde por la mañana hasta por la noche, ella andaba volando por el campo, cogiendo gusanillos, bichos y semillas que llevar á sus hijitos. Todos los días la pájara salía á su excursión cantando alegremente, y pronto volvía trayendo un bocadillo á sus pequeños. El pajarito más chiquito tenía una lesión que no le dejaba gritar tanto como sus hermanos, y su madre tenía cuidado de darle á él su almuerzo primero que á los demás.

Un día en que la pájara después de haber cogido un gusano se detuvo para descansar un momento, tuvo la desventura de que la viese el muchacho tirador.

—¡Qué buen tiro!—dijo éste al mismo tiempo que apuntó y disparó su escopeta.

La pájara sintió un dolor agudo y penetrante en un costado, y cuando trató de volar vió que no podía mover las alas.

Arrastrándose y cojeando llegó al pie del árbol en que tenía su nido. El ala que le había roto el muchacho le dolía en extremo, pero así y todo, pió un poco procurando dar tonos alegres á su voz para que sus hijitos no se asustaran. Estos contestaron al reclamo de su madre, porque tenían hambre y no podían explicarse la causa que le impedía ir á ellos. Ella conocía la voz de cada uno de sus polluelos, y cuando oyó la del más chico, hizo un nuevo esfuerzo por volar, sin otro resultado que lastimarse más y caer en una posición de la que no podía moverse.

Allí se pasó todo el día la infeliz madre sufriendo terriblemente no sólo por el dolor de la herida, sino también por verse imposibilitada de acudir al llamamiento de sus hijos, á cuyas pïadas ella contestaba con la suya alentadora. Pero á medida que pasaba el tiempo, la voz de la madre fué más y más débil, hasta que al fin se extinguió por completo.

A la mañana siguiente la pájara estaba muerta. Sus hijitos continuaban llamándole, pero en vano. Lloraron hasta que, extenuados de cansancio, se durmieron; mas pronto el hambre les despertó y comenzaron á piar de nuevo.

Por la noche hacía mucho frío y aquellos desdichados huerfanitos se acurrucaron, tratando de calentarse unos con otros. ¡Cuánto de menos echaban el calor que las suaves plumas de su amorosa madre les proporcionaba! El frío aumentó y se hizo tan intenso que al amanecer ya habían muerto los cinco pajaritos, uno tras otro.

Si el muchacho buen tirador hubiera sabido esta historia, ¿se sentiría tan orgulloso de su buena puntería?

EL AMIGO DEL LABRADOR

Todos nosotros sabemos la figura que tiene la lechuza por haberla visto representada en libros é ilustraciones. Su cara inteligente, con sus grandes y solemnes ojos, es familiar á todos. ¿Por qué no se ven estas aves con más frecuencia?



La lechuza sólo vuela de noche, y en todo tiempo es un animal muy desconfiado y receloso. Le gusta la vida retraída y no desea que se le moleste.

Nunca hace el menor ruido. Se parece mucho al gato, no solamente en la cara y en su afición á los ratones, sino también en sus costumbres tranquilas. Sus anchas alas están ribeteadas con un fino plumón, por lo que al volar hace poquísimo ruido. La lechuza es una ave grande, pero sus alas no producen el sonido que las de las palomas al cortar el aire.

Algunas lechuzas hacen sus nidos cerca de los edificios de las fincas que escogen como punto de residencia. Cogen ratones y ratas en el granero y se alimentan además con infinidad de insectos dañinos y mariposas de noche. El número de ratones que una lechuza coge en una noche para llevarlos á su nido, es á veces considerable. Dícese que de hora en hora lleva á sus polluelos cuatro ó cinco ratones.

En el estado de Pensilvania, Estados Unidos, se ofreció una vez un premio por cada halcón y cada lechuza que se matara. Esta medida obedeció, sin duda, á ignorancia de lo beneficiosas que son estas aves para el campesino. Como resultado de esta orden, el estado mencionado se vió en poco tiempo invadido por un sinnúmero de animales roedores, que destruyeron muchas cosechas.

La lechuza es una de las madres más cariñosas. Si considera que algún peligro amenaza á su cría, la coge entre sus garras y la lleva á otro lugar que crea seguro, no abandonándola en ningún caso, ni aun para salvar ella su propia vida.

Es creencia general que las lechuzas no pueden ver durante el día, pero esto no parece ser verdad. Es cierto que ven mejor al obscurecer, pero cuando la noche es completamente obscura, no ven absolutamente. Si cazan de noche, es porque las ratas y ratones no se aventuran á salir de sus cuevas por el día.

Las lechuzas no pueden vivir felices en esclavitud, y por esto es altamente cruel cogerlas para encerrarlas en una jaula, donde sufren mucho y pierden su alegría. En libertad son buenas amigas de los labradores.

LO QUE CUESTA UN SOMBRERO

Entre las muchas crueldades que se cometen en el mundo, sin parar mientes en ellas, ninguna tan común como la de adornar sombreros con plumas de pájaros. El colorido es por lo general tan exquisito y delicado que nadie se detiene á pensar en lo que esas lindas plumas significan.

Supongamos, amable lectora, que una mañana llega bajo tu ventana una cándida pájara y deleita tus oídos con su dulce canto, al mismo tiempo que vuela de un lado para otro en busca de alguna cosa que llevar á sus hijitos, que están esperándole hambrientos allá en el tibio nido. Pero esa misma pájara es víctima aquella noche de algún desalmado comerciante en plumas, y muere, dejando á sus huerfanitos sin más esperanza que la de perecer de hambre en su desamparado hogar. ¿ Vale el placer ó la vanidad de llevar plumas de pájaros en los sombreros todo el sufrimiento que cuestan ?

Probablemente se responderá que desde el momento en que los pájaros están muertos cuando los sombrereros los compran, lo mismo es que sus plumas adornen un sombrero como que estén en las vidrieras de las tiendas. Pero no es así si se piensa un momento. Téngase la seguridad de que cuando se ha comprado el pájaro muerto que había en la vidriera del comerciante, habrá de llenarse el hueco con otro pájaro que se matará con ese objeto. Si las mujeres no compraran esas plumas, ¿ habría sombrerero que las tuviera en almacén para venderlas ?



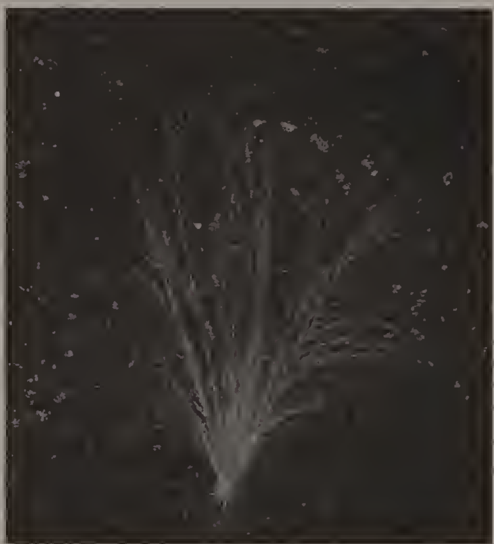
LA GARZA BLANCA

LA GARZA BLANCA

Una de las aves que más sufren entre todas es la garza blanca. Esas lindas, airosas y apetecidas plumas que se ven adornando muchos sombreros, crecen en el lomo de la garza blanca y caen por los costados y la cola del animal. Estas plumas ostentan su mayor hermosura cuando la garza está

criando sus polluelos. Esta es la ocasión que aprovechan los cazadores para matarla, lo cual es empresa fácil, pues la cariñosa madre no abandona su cría por nada del mundo.

Muerta la madre víctima de la vanidad femenina, las garcitas quedan abandonadas en el nido sin otro recurso que perecer de hambre, por lo que hay lugares en que en un tiempo abundaban las garzas, y ya ha desaparecido la especie, es decir, ha sido exterminada. Cada una de esas lindas plumas que sirven de ornamento á un sombrero de señora representa, por lo menos, la muerte de un inocente ser. ¿Tienen las plumas todo el encanto que se les concede cuando se piensa en todo esto? ¿Es agradable saber que por el afán de seguir una moda, que podríase calificar de cruel, somos la causa de tanto daño? Si tú, bondadosa lectora, te pusieras por un momento en el lugar de una pájara que ha sido herida por inhumano cazador, y que yace en el suelo moribunda pensando en lo que será de sus hijitos cuando ella muera y no pueda llevarles el sustento, de seguro que no habría nada en el mundo que te indujese á llevar plumas en tu sombrero. En verdad que un adorno adquirido á semejante costa pierde todo su atractivo.



PLUMA DE GARZA

LOS PÁJAROS PESCADORES

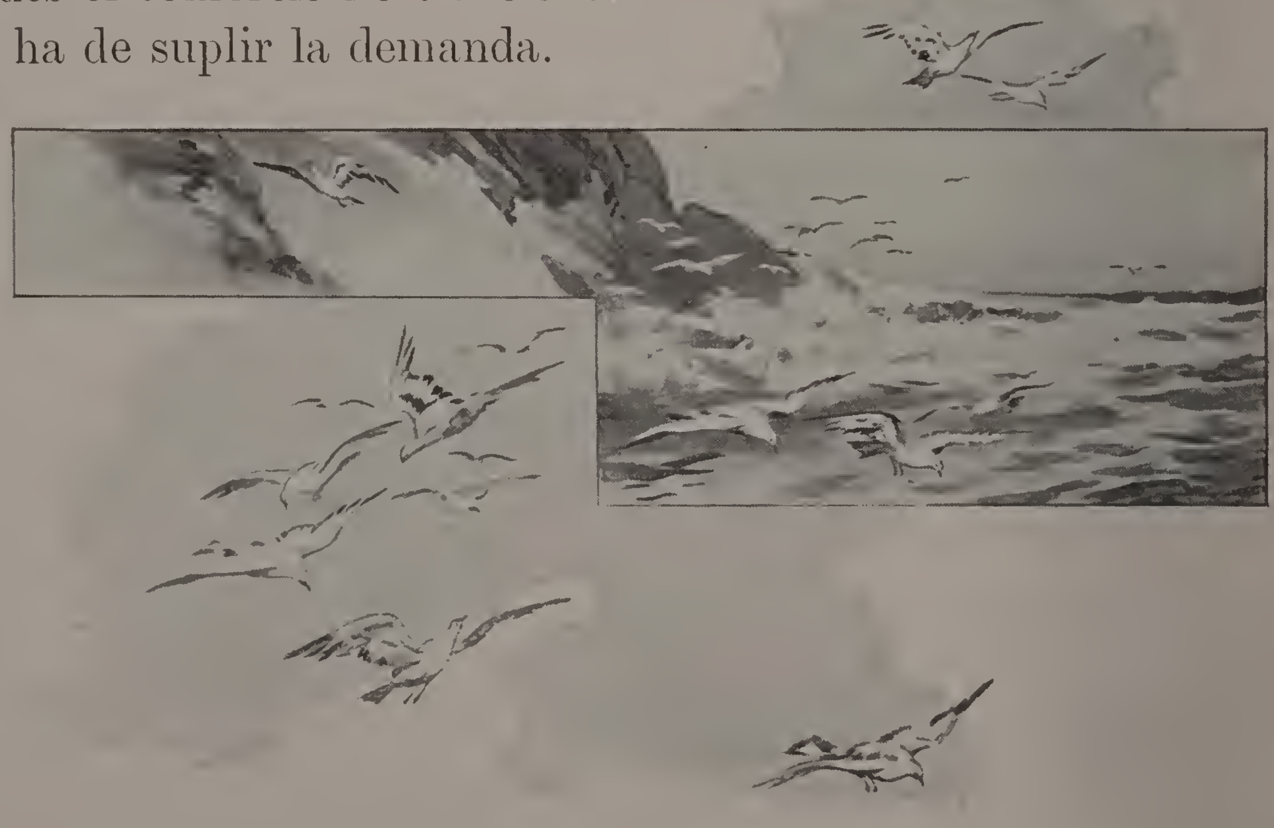
A LA gaviota le gusta el agua salada y el viento borrascoso. Su cuna la forman las olas. Cuando desea volar, le basta abrir sus largas y estrechas alas, y la fresca brisa la impulsa lo mismo que impulsa á un bote velero.

A veces se ve á la gaviota zambullir, y esto lo hace cuando ha visto algún pececillo que se le antoja buen bocado. Es un ave que come mucho, si bien es una suerte para los que viven en las cercanías de las costas, que el animal no sea muy escrupuloso en su comida. Esta ave hace desaparecer en su estómago las basuras que flotan en el mar y que se convertirían en materias putrefactas si permaneciesen en las playas, á donde las llevaría la marea.

La gaviota común tiene el pecho blanco como la nieve, el lomo color de pizarra y negros los extremos de las alas. Hace su nido con algas marinas en alguna roca escarpada ó en algún arrecife. Tan pronto como el polluelo puede abandonar el nido, se echa en el arrecife á respirar la salubre brisa, teniendo la apariencia de una bola de musgo gris, y cuando hay cientos de ellos sobre la misma roca, parece imposible que cada madre pueda distinguir cual es su hijo; pero no se ha dado el caso de que una de ellas se equivoque. La gaviota es madre muy cariñosa y apasionada, prefiriendo morir con su hijo, en caso de peligro, á abandonarle.

No obstante vivir las gaviotas en el mar y en los arrecifes,

paga también su contribución de sangre á los comerciantes en plumas para adorno de sombreros. Su número ha disminuido y disminuye diariamente, pues los cazadores se aprovechan de lo apegadas que son las madres á sus hijuelos para matarlas y arrancarles las alas. Las niñas y las muchachas que llevan estas alas en sus sombreros, no piensan, de seguro, en el dolor y sufrimiento de las moribundas gaviotas cuando al caer heridas por traidora bala, una mano cruel les arranca sin compasión las alas que demanda el comercio de sombreros para satisfacer una vanidad que es causa de horrible padecer. Muy pocas son las muchachas que se atreverían á matar un pájaro; quizás no haya una que ose lastimar á la madre que desprecia el peligro que le amenaza, porque prefiere defender su nido y morir con sus amados pequeñitos. Y no obstante, usar una de esas bonitas y vistosas alas es condenar á muerte á otras madres inocentes, pues el comercio no tiene entrañas y ha de suplir la demanda.



EL BIEN QUE HACEN LOS PÁJAROS

¿ Has pensado, buen lector, en lo que sería el mundo si en él no hubiera pájaros ? Un sabio francés llamado Michelet, ha dicho que si no fuera por los pájaros, no vivirían las plantas, ni vivirían los animales ; nada tendría vida en la superficie de la tierra. Miriadas de insectos destruirían las plantas, y sin plantas no es posible que vivan los animales.



Hace unos cincuenta años una plaga de orugas estaba destruyendo un inmenso bosque en un lugar de Europa, cuando de pronto se apareció allí una enorme bandada de cuclillos ó cucos, que salvó el arbolado.

Durante la invasión de langosta que hubo en el oeste de los Estados Unidos hace algún tiempo, cuando los campesinos desesperaban de poder exterminarlas y se disponían á abandonar la batalla, se presentaba en los campos un ejército de pájaros, que salvaba las cosechas, y gracias á la constante ayuda de estos seres alados se pudo acabar con la terrible plaga.

Hay muchos pájaros que sólo se alimentan con insectos, y éstos constituyen en gran parte el sustento de todos los pájaros.

La gaviota es una de las aves que mayores servicios presta y con el mayor desinterés. Es el mejor inspector de sanidad

que hay en las costas, pues no solamente ve lo que debe hacerse en bien de la salud pública, sino que lo hace ella misma, pronto y bien.

No sólo el agricultor sabe lo útiles que nos son los pájaros, sino que también el niño puede decir lo mucho que le divierten. No es necesario ser poeta para comprender y apreciar la hermosura de los pájaros. ¿Qué sería el mundo sin sus cánticos? Ellos son un recreo, tanto para la vista como para el oído.

Desde el punto de vista de la conveniencia, ó si se quiere, del egoísmo bien entendido, es tonto permitir que continúe la destrucción en gran escala que de los pájaros se hace. Nos perjudicamos más de lo que al parecer somos capaces de apreciar. Pero, ¿no habrá otro motivo que el del egoísmo para detener un exterminio que amenaza nuestro bienestar, quizás nuestras vidas? ¿No tienen los pájaros derechos que los hombres deben respetar? ¿Debe basarse el derecho que tienen á la vida sólo en que nos son útiles y nos proporcionan placer? Si es así, confesemos desde luego que somos unos tiranos incorregibles. No nos demos por satisfechos al tratar de resolver el problema más fácil: ¿Qué bien nos pueden hacer los pájaros? No; tratemos de dar solución á este más trascendental problema: ¿Qué bien podemos hacer á los pájaros?

LOS MÁS VALIENTES SON LOS MÁS COMPASIVOS

Es de notar cómo muchos grandes hombres se han distinguido por sus afecciones hacia los pájaros y las bestias.

Cuenta la historia que un notable americano, hombre de estado, pidió á la hora de su muerte que hicieran pasar su ganado por frente á la ventana del cuarto en que se hallaba, para tener el placer de ver á sus queridos animales por última vez.

Un renombrado poeta alemán quería tanto á sus pájaros, que al morir dejó en su testamento una cantidad de dinero, con el encargo de que aquéllos fueran llevados diariamente junto á su sepultura y allí se les diese de comer.

Un americano llamado Thoreau, que ha escrito muchos libros interesantes sobre la naturaleza, tenía gran predilección por los habitantes de la espesura, y ellos, en cambio, le querían y confiaban en él. Este filantrópico hombre hizo construir una cabaña en el bosque, cerca de un lago, y allí vivió por algún tiempo. Era tal el interés que por hacerles bien mostraba á los animales, que hasta los peces se le acercaban y comían de su mano. Los ratoncitos no le temían, y era una diversión para Thoreau verles correr alegres hacia él para comerse algún manjar que les brindaba. Los topos eran frecuentes visitas en aquella cabaña. Por las mañanas, cuando Thoreau salía á labrar la tierra, se complacía en hablar con los graciosos gorriones que iban á posarse en sus hombros.

Los aleros de su cabaña estaban poblados de nidos que las confiadas pájaras construían allí como para corresponder al cariño con que aquel hombre les trataba.

Amiel, un célebre escritor francés, escribe: "Acabo de coger al pie de la escalera un gatito amarillo, muy feo y digno de lástima. Le he puesto sobre una silla á mi lado, y allí está hecho una bola, pareciendo ser feliz y no desear nada más. Me sigue de una habitación á otra, cuando me levanto y ando. No tengo nada que darle de comer, y se contenta con una mirada afectuosa y una caricia; al menos por ahora.

"He oído decir que los seres débiles y flacos son felices cuando están junto á mí. Sé que esto es verdad, pero no me envanezco por ello. Sé que es un don. Con poco que yo hiciera, los pájaros vendrían á hacer sus nidos en mi barba.

"Esta es la verdadera relación que existe entre el hombre y los seres más débiles. El hombre sería la adoración de los animales si no fuese un tirano. . . . De modo que toda esa innecesaria matanza y toda esa injustificada tortura, no sólo son actos de cobardía, sino también crímenes. La ayuda que exigimos del mundo animal demanda en cambio protección y bondad. En una palabra, los animales tienen algo que esperar de los hombres, y los hombres tienen deberes hacia los animales."

San Francisco de Asís no sólo tenía grandes simpatías por los pájaros y demás animales del bosque, sino que se cuenta que daba de comer á un feroz lobo hambriento, que al fin llegó á seguirle como un perro.

Hace algunos años, un general del ejército americano se hallaba dirigiendo las maniobras de un cuerpo de soldados en una llanura. Se trataba de construir una vía férrea de importancia. El convoy se componía de dos mil hombres, dos mil quinientos caballos y mulas, y una impedimenta de doscientos cincuenta carros muy cargados.

Un día el general cabalgaba á la cabeza de la columna, cuando de pronto dió la voz de: ¡ Alto !

Directamente enfrente de su caballo había visto el nido de un pájaro, y si la marcha hubiera continuado un segundo más, los caballos hubieran pisoteado el nido y los que lo habitaban. La madre de aquellos pajaritos andaba por allí, volando y piando, presa de la mayor ansiedad al ver el peligro en que se encontraban sus hijitos. Mas el valiente general no había llevado su ejército al campo para destruir nidos de pájaros.

El general se detuvo unos instantes, miró compasivamente hacia los pajaritos que estaban en el nido, y luego dió la orden de: ¡ Variación izquierda !

Hombres, caballos, mulas y carros se desviaron á un lado y dejaron ileso el hogar de las inocentes avecillas. Mucho tiempo después de esta escena, todos los que cruzaban por aquella llanura veían una gran desviación en el curso del trillo. Fué la desviación hecha por aquellos soldados para no aplastar el nido.

Verdaderamente, los grandes corazones son compasivos.



SOCIEDAD DE LA MERCED

LO QUE PUEDEN HACER LOS NIÑOS

CONSEJOS

No hablar gritando. A los animales les hacen mal efecto los gritos destemplados y la voz ruda. Oigase á los carretoneros que pasan por la calle, y se verá que la mayor parte de su gritería es innecesaria. Obsérvese á un muchacho que vaya con su perro, y póngase atención á la rudeza é imperio con que le habla. No hay necesidad de esta aspereza de tono. Los perros, gatos y caballos no son sordos, salvo muy raras excepciones. Por el contrario, tienen un oído muy delicado, y un grito, aunque no sea de cólera, les hace á veces sufrir mucho. Algunos pájaros son tan sensibles, que se han dado casos de aterrorizarles con un grito. Seamos corteses siempre que podamos, no sólo con nuestros semejantes, sino también con nuestros amigos los animales.

Ayudar á los caballos. Esto puede hacerse de muchas maneras. Unas veces dándoles á beber un cubo de agua fresca á los que parezcan cansados. Si un caballo enganchado á un carro no puede subir fácilmente una cuesta y se fatiga con el esfuerzo que hace, se le proporcionan momentos de descanso para que recupere fuerzas, poniendo una piedra detrás de las ruedas para calzarlas. Muchas veces basta una palabra cariñosa para dar ánimos al animal y hacerle vencer un obstáculo.

Recordar el valor de las pequeñeces. Un vaso de agua fresca que se dé á algún trabajador fatigado, le alivia y le alienta. Los animales sufren tanto como las personas cuando no pueden apagar la sed.

Una escritora americana refiere un precioso cuento de dos niñas que se afanaban por dar de beber al sediento ganado que iba en un polvoriento tren de ferrocarril:

"Bañados de plano por el ardiente sol estaban aquellos carros detenidos á la entrada del pueblo. Por entre los barrotes asomaban ansiosas sus narices las reses que allí iban encarceladas, buscando un soplo de la cálida brisa con que llenar sus pulmones, y contemplando ansiosamente el agua que ondeaba merced al viento en el lago que se divisaba no lejos. ¡Cuánto no debieron sufrir viendo el anhelado líquido tan próximo sin serles posible obtener una sola gota con que humedecer sus abrasados gaznates!

"Dos niñas que se encontraban cerca, vieron á las sedientas reses mirando con ansiedad hacia el agua, y decidieron darles de beber. Una de las niñas tenía consigo un pequeño cubo con que había estado jugando hacía poco, y se le ocurrió ir al lago, llenar el cubo y ofrecérselo á aquellos animales. Así lo hizo, y se sorprendió al ver con la desesperación que se disputaban unos á otros el escaso contenido del cubito. La niña hizo muchos viajes al lago, mientras su compañera se ocupaba en recoger yerba en un pasto vecino para llevarla á los carros y obsequiar á las viajeras encarceladas. ¡Con qué angelical inocencia comentaban ellas luego el deleite que experimentaba el ganado bebiendo en el diminuto cubo y al comer los puñados de yerba!"

En algunos países, los dueños de las tiendas ponen cerca de las puertas platos con agua para que beban los perros callejeros, los gatos y los pájaros que tengan sed. Es una costumbre digna de aplauso.

Hé aquí un recorte de un periódico americano:

"Hace poco tiempo, al pasar yo por una calle de Nueva York, un muchacho que andaba junto á mí y que no tendría más de diez años, echó á correr de pronto hacia el centro de la calle y cogió del suelo un jarro de cristal roto. Lo primero que se me ocurrió fué que usaría los pedazos de cristal como proyectiles, dado que en los muchachos es instintivo el deseo de tirar algo. Pero para mi sorpresa, le ví arrojar los pedazos del jarro roto por encima de la cerca de un solar que se encontraba próximo, y después continuar su camino muy tranquilo. Al pasar por mi lado silbando, le dije:

"—¿Por qué recogiste aquel jarro?

"—Porque temía que algún caballo se lo encajase en una pata,— me contestó.

"Mi siguiente pregunta se caía de su peso, y fué:

"—Dime, muchacho, ¿perteneces á la Sociedad de la Merced?

"El muchacho se sonrió y dijo:

"—Si, señor; por eso he hecho lo que usted ha visto."

Este cuentecito puede dar alguna idea para que los niños sean de utilidad, no sólo á los animales y á ellos mismos, sino también á la humanidad en general. Cáscaras de naranjas y de plátanos son un peligro en las aceras, además de darles un aspecto desagradable á la vista; clavos enmohecidos

y pedazos de vidrio en las calles pueden causar mucho daño, y los muchachos buenos lo evitarán recogiéndolos.

Existe entre los animales una tendencia á ayudarse, que es muy agradable observar. No sólo se reunen cuando les amenaza algún peligro y andan en busca de comida, sino que acuden á auxiliarse mutuamente cuando están enfermos. Un cisne ciego se alimentaba dos veces al día con peces que le llevaban otros cisnes de un lago que estaba cincuenta kilómetros distante. Un explorador cuenta de un búfalo herido al que otro búfalo llevó á cuestas á lugar seguro. Los ratones de las praderas y los pájaros de las ciénagas han aprendido que, á fin de hacerse fuertes, deben permanecer unidos para auxiliarse. Esta es la ley de la vida.

Cuando la juventud aprende á pensar en las causas del sufrimiento y á respetar los derechos de los animales, pronto aprende á respetar sus mutuos derechos y á ayudarse entre sí.

En muchos lugares de los Estados Unidos y de Europa, los niños han formado asociaciones con el objeto de hacer cuanto puedan para aliviar el sufrimiento que encuentren á su alrededor. A fin de que este noble trabajo dé sus resultados, se han organizado en pequeños grupos, que se conocen por el nombre de Sociedades de la Merced.

El objeto de estas sociedades es estimular obras de generosidad, de compasión y de abnegación. Los miembros de esta asociación no se comprometen á no matar cuando ello sea absolutamente necesario, pues hay veces en que es lo mejor que puede hacerse, pues tratándose de un pájaro herido ú otro animal imposibilitado de moverse, vale más poner término á su dolor que dejarle sufrir indefinidamente.

He aquí la promesa que los niños hacen al ingresar en la Sociedad de la Merced :

"PROCURARÉ SER BUENO CON TODOS LOS SERES VIVIENTES, Y LES PROTEGERÉ CONTRA EL ABUSO Y LA CRUELDAD."

No es necesario pagar cuota alguna para pertenecer á esta Sociedad. Los niños firman su promesa, eligen un título y nombran presidente y secretario. Es bueno que el maestro de la escuela sea el presidente. Las juntas pueden hacerse muy interesantes y útiles. Lecturas, recitaciones y anécdotas darán oportunidad á los niños para aprovecharse de los ejercicios. Se hará que cada niño refiera los actos de bondad que él ha presenciado, y que sugiera los medios para que los niños se auxilien mutuamente y ayuden á los animales con que se pongan en contacto.

Ya hay millares de niños que en los Estados Unidos y en el Canadá se ha comprometido en esta clase de obra filantrópica. Si estos niños cumplen su promesa, sus actos reportarán mucho bien. Muchachos que aprenden á ser buenos unos con otros y á tratar bien á los animales, llegan á ser modelo de ciudadanos.

Á LOS MAESTROS

SOCIEDADES DE LA MERCED

Siendo la crueldad infantil hija de la inadvertencia, el bien que las Sociedades de la Merced pueden proporcionar es palpable. Para hacer comprender á un muchacho el mal que hace con su escopeta de viento y su anzuelo, la cobarde crueldad que resulta de tirar piedras y lastimar á seres indefensos é inocentes, ningún medio mejor que el de la Sociedad de la Merced. Hay abundantes testimonios de maestros que han introducido en sus escuelas esta humanitaria enseñanza, de que los niños á ellos confiados no sólo aman y tratan bien á los animales, sino que son más prudentes y considerados entre sí.

Se quiere que los muchachos y las muchachas sean fuertes y valientes, y no hay otro modo de lograr esto que enseñándoles á defender y á respetar á los débiles é indefensos.

Cuando la juventud aprenda á respetar los derechos de los animales y á pensar acerca de los orígenes del mal y del dolor, utilizará estos pensamientos en su vida ordinaria. Aprenderá á respetarse sus derechos mutuamente, y los crímenes de todas clases desaparecerán del mundo.

Los padres y los maestros tienen grandes responsabilidades. Son los que forman el carácter y las costumbres de la nueva generación. De que esté bien instruida y bien educada,

dependerá que en el futuro haya paz ó guerra; buenos ciudadanos ó degenerados seres, viciados en lo moral y en lo físico.

Las Sociedades de la Merced son de gran valor para enseñar á la juventud naciente los grandes ideales de la vida, y al enseñárseles esto, la ley universal del amor es la única ley que realizará el fin que nos proponemos: "Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad."